



JOAQUIN  
DICENTA

CRONICAS

PQ66.07

.I3

C7

1901



1020027621



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Aptdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

# UANL

## CRÓNICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 864.62  
Núm. Autor D546c  
Núm. Adg. 34346  
Precedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Reservado \_\_\_\_\_  
Categoría 6





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOAQUÍN DICENTA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

# CRÓNICAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edificio 1625 MONTERREY, MEXICO

098560

MADRID—FORTANET—1901

34346

868  
D.

P2 6607  
F3  
C3 1044  
1901



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

86816



## LA EXPOSICIÓN.

### IMPRESIONES.

No son muy buenas las que á primera vista ofrece la actual Exposición de pinturas. Hay en ella muchos lienzos grandes, tan grandes como desprovistos de grandeza, de pureza en el color, de corrección en el dibujo, de valentía en la composición y de genialidad en el pensamiento. Exceptuando ocho, diez á lo sumo, el resto pudiera haberse quedado en casa de los padres sin detrimento del arte y de la fama de sus autores.

No existe, ¿á qué negar el hecho si es



cierto desgraciadamente?, no existe en ninguna de aquellas salas un solo cuadro que se imponga al espectador con la brutalidad majestuosa de lo sublime y le sujete contra su deseo haciéndole sentir ese escalofrío delicioso, esa atracción magnética en virtud de los cuales el público se conjunciona con el artista, se entrega á la obra por el artista realizada, y la aplaude y admira de golpe, sin dilaciones ni reservas. No hay eso. Frente á ninguno de los cuadros expuestos se arremolina, como otras veces ha sucedido, una multitud nerviosa, vibrante, agitada por el entusiasmo, multitud de la que se desprende un regocijado murmullo, aplauso de voces, eco unánime de la admiración general.

«Bien.»—«Muy bonito.»—«Mira esto.»—«¿Qué te parece lo de más allá?»—«Como bien pintado, está bien pintado, pero...» Así, por el estilo, son las palabras y las frases que se escuchan en la Exposición de pinturas.—¡Magnífico! ¡Sublime! ¡Grandioso!

Tales exclamaciones, síntesis suprema de los verdaderos triunfos artísticos, no hirieron mis oídos una vez siquiera en las varias tardes que he visitado el palacio próximo al Hipódromo. «Bonito.» Esto sí lo dicen muchas personas; pero la palabra «bonito», tratándose de arte, no vale la pena de volver la cabeza; ni aun la vale cuando se trata de una mujer.

Cuatro ó cinco obras solamente han provocado juicios capaces de satisfacer á un artista. Conste que al hablar así me refiero á los cuadros *de figura* que aspiran, tal parecen indicarlo su tamaño y sus pretensiones estéticas, á alcanzar un puesto de honor.

Delante de alguna de esas obras he oído diálogos encantadores que me han hecho volver la cabeza con asombro.

Uno de estos diálogos decía palabra más ó menos.

—¡Qué horror!

—¡Esto es insufrible!

—¿Ha visto usted qué poca vergüenza?

Estábamos y estaban los indignados concurrentes en presencia del cuadro de Fillol, de *La bestia humana*, la sola nota valiente, el único grito de protesta enérgica, el verdadero atrevimiento artístico del actual curso.

Aquellos ciudadanos se espantaban de que se comprase el hambre para el vicio. Falta saber si se hubiesen avergonzado de comprarlo.

Otro de los diálogos á que me refiero se desarrollaba junto al cuadro de Cutanda, frente á la obrera que sale de la fábrica con su hijo en brazos, la resignación en el rostro, la miseria en el traje y una aureola de luz en la cabeza.

—¡Qué extraño!—exclamaban al lado mío dos señores bien trajeados, con el vientre ancho y el cráneo angosto.—¡Ponerle á una obrera una corona de luz como si fuese la virgen María!... La virgen de la fábrica es aquella infeliz mujer que va con su hijo en brazos, conforme con su suerte, sin protes-

tar de su desgracia, á comerse un mendrugo de pan en cualquier buhardilla; madre y mártir, figura principal de un cuadro, cuyos méritos no discuto, cuadro más piadoso que uno de santos, figura más digna de veneración y respeto que la imagen de un retablo cualquiera.

Dos señoritas y un caballereito miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena, y decían: «¡Qué afán de desnudos; la carne parece *de verdad*, pero esa mujer está muy indecente!» Conviene advertir que las señoritas eran dos escobas vestidas y el caballereito mostrábase demasiado canijo para que no le espantase aquella hembra vigorosa y potente, que á estar viva y tener el mal gusto de encapricharse por el mozuelo, le hubiera enviado al cementerio en un par de semanas.

Fuera de esas y otras parecidas manifestaciones, que vienen á romper en la Exposición la monotonía de las frases hechas, nadie se entusiasma con lo que ve.

Claro que hay en todas las salas excelen-



tes pinturas. Faltaría que no las hubiese concurriendo Sorolla, Plá, Simonet, Plá y Rubio, Rusiñol, Casas, Guinea, Benedicto, Cabrera, Martínez, Bilbao, Soriano, Fort, etc., todos los que hoy forman con perfecto derecho en primera línea entre los pintores españoles.

Bueno estaría que fuesen malos los cuadros del maestro Sorolla, pero su *Trata de blancas*, si es indiscutible como pintura es cobarde como pensamiento; están escrupulosamente buscados los modelos, malamente significada la expresión psíquica de los mismos y el momento plástico de la acción. Aquellas cuatro mozas son cuatro *chais* como se dice en el caló de las mancebías; la alcahueta es de raza, pero en los viajes de ganado humano suele dormir el contratista y el ganado velar; la codicia satisfecha cierra los ojos; mientras anda el tren no se escapa la presa; la miseria enriquecida—que riqueza son 20 duros para el miserable—aspira á gastar su precio, á divertirlo... Grave error

es éste de Sorolla, y tan grave querer representar la trata dentro de un vagón. El ganado no debe presentarse en viaje, sino en la feria; está *más propio* en el *comedor* que en el tren.

Perdone el maestro, pero así lo creo y así lo escribo, y después de escribirlo grito: ¡Viva Velázquez!... acordándome de aquella gitana que lleva metida en los ojos toda la ardiente y carnal Andalucía de los árabes, como grito ¡vivan los pintores! recogiendo mis párpados para que entre ellos duren el más tiempo posible las hermosas tonalidades del mar que va á recostarse perezosamente sobre las rocas del cabo San Antonio.

¿Cómo iban á faltar buenas pinturas cuando Cecilio Plá, luchando ventajosamente con la monotonía de actitudes y de ropaje, con la uniformidad de la composición y con lo repetido del asunto, se ha mostrado una vez más en sus *Heroínas*, como artista á quien ninguna dificultad asusta si de manejar pinceles se trata?

No son cuadros bien pintados lo que faltan en la Exposición; lo que faltan son ideales nuevos, pensamientos nuevos; algo que palpitando en el lienzo por encima del color, de la composición, del dibujo, de la perspectiva, de todo, sea como la médula de la obra, como el ambiente psicológico de la misma, un soplo impalpable de inspiración que responda á un ideal supremo y humano. Excepción hecha de la *Bestia humana* de Fillol y de la *Obrera* de Cutanda, nada hay que sea nuevo en aquella casa; porque no vale llamar novedades á las extravagancias de los modernistas por obra y gracia de las cuales se extravían y ridiculizan en la mayor parte de sus producciones talentos como Rusiñol, como Casas y como Guinea.

Esto por lo que toca á los lienzos grandes, en los pequeños, en los desprovistos de altas pretensiones hay maravillas de ejecución. Los dos retratos de Pinazo y uno de Casas son prodigios; cuadritos notables existen á docenas.

Mejor librada sale la Exposición en lo que á paisajes y marinas se refiere. Morera, Raurich, Espina, Lhardy, etc., han llevado á las salas pedazos de naturaleza; pedazos de mar han llevado casi todos los marinistas. Ni unos ni otros se han descuidado en la faena.

Ojalá que el Jurado hubiera sido tan cuidadoso como ellos para la colocación de algunas obras que permanecen oscurecidas.

Este descuido nótese principalmente en la sección de escultura, la mejor de todas á mi juicio, la más completa, la más notable del concurso. Hay en la primera sala de esta sección una estatua de Roselló y Roselló, un desnudo magnífico, verdadero pedazo de carne de mujer, quizás *la más fuerte* de cuanto allí se ofrece á vista del público; y esa estatua, titulada *Desolación*, aparece apoyada contra la pared, robada en la mitad de su hermoso cuerpo, tendido y artísticamente replegado, á los ojos del inteligente y del curioso, y cubierta por hipocresía ó mala



intención con dos plantas espesas que, dando lecciones de justicia á los señores del Jurado, abren sus hojas para que pueda entreverse aquella maravilla de mármol.

A qué obedece esta ocultación. Dicen... dicen tantas cosas... la versión más corriente es ésta:

La estatua es demasiado atrevida... el desnudo no oculta nada... ¡Tiene gracia! ¡Un Jurado de artistas discurriendo á compás de las señoritas enclenques y el pollo tísico que miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena! ¿Esto es posible? Sería cosa de no creerlo si el Jurado atendiendo á imposiciones oficiales no hubiese permitido que pusieran hojas de parra ¡de papel! á los desnudos de hombre.

Siendo eso cierto, y yo lo he visto, hay que creerlo todo y esperarlo todo y temerlo todo también.

1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LAS CUEVAS DEL DRACH.

(RECUERDOS DE MALLORCA.)

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones

intención con dos plantas espesas que, dando lecciones de justicia á los señores del Jurado, abren sus hojas para que pueda entreverse aquella maravilla de mármol.

A qué obedece esta ocultación. Dicen... dicen tantas cosas... la versión más corriente es ésta:

La estatua es demasiado atrevida... el desnudo no oculta nada... ¡Tiene gracia! ¡Un Jurado de artistas discurriendo á compás de las señoritas enclenques y el pollo tísico que miraban la *Bacante* de Muñoz Lucena! ¿Esto es posible? Sería cosa de no creerlo si el Jurado atendiendo á imposiciones oficiales no hubiese permitido que pusieran hojas de parra ¡de papel! á los desnudos de hombre.

Siendo eso cierto, y yo lo he visto, hay que creerlo todo y esperarlo todo y temerlo todo también.

1897.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LAS CUEVAS DEL DRACH.

(RECUERDOS DE MALLORCA.)

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas á las otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones



se alzaba en mi imaginación, pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: «¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?», le hubiese respondido: «No sé.» Recuerdo que Manuel Paso, mi compañero de excursiones, me dirigió algunas palabras... yo le respondí: Déjame, no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una violenta sacudida. La naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mí una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construído en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silen-

cioso, sombrío, mudo, ciego; *in pace* gigantesco donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en labor constante, en remozamiento continuo, que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuído más que un artífice, la gota de agua; gota de agua que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego con ruido de beso juvenil en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo formidable y siniestro, hermoso y temible, se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra para resurgir á los pocos segundos y volver á

ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa cercana vista desde las bordas del buque en una noche de tempestad, cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nubes, nos lo muestra todo de golpe, el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil granítico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece de súbito, todo se hunde en el abismo de la noche negra, haciéndole á uno preguntarse con asombro y con miedo: «¿He visto lo que he visto, ó no?»... Y uno duda y vacila, y acabaría por decir, «no, no he visto nada», si el faro del puerto brillando en la obscuridad como un grito de luz, no nos dijera: «Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes».

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella

estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza que nos gritaba: «¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello que lo que lleváis visto.»

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos? Una maravilla. ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo de nuestra vivienda común!... Esta galería era una calle inmensa, donde se alineaban edificios enormes, en cada uno de los cuales había dejado su huella y su fórmula una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; al lado suyo, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y de convertir la piedra en oración; junto á ella un trozo de idolorio mejicano, confundiendo las líneas de su dibujo semi salvaje con el de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que



se unían los fragmentos colosales de una pagoda india despanzurrada. Enfrente una capilla del Renacimiento, donde estalactitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de la época, combinándose con las más elegantes y airosas combinaciones geométricas que imaginarse puedan; cerca un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espeso bosque de arcos semicirculares, sostenidos por columnas bajas y caladas, que evocaban las mezquitas donde sueñan los árabes con su paraíso lascivo y carnal; y al término de la galería, al desembocar en ancha plazoleta, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba, como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también á pedir un puesto de honor, en el que reinase como

soberana única, sin rivales ni copartícipes. Era aquello que yo veía algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones, para encerrarlas y confundirlas por sus desaciertos en una mazmorra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban entre los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra. Una ciudad entera cuyos límites se desvanecían en el fondo siniestro de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo con sus montañas esqueletoideas y sus abismos amenazadores, con sus bosques donde todos los árboles se mezclaban constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las simientes de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras

con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaveral... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían en multitud finísima como brotes de hierbas jugosas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repetadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus apopléticas mazorcas... Sólo que por un fenómeno rarísimo, por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida; no brotaba del suelo, sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante variando siempre. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achica-

ron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial... cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando envueltos de repente por la obscuridad pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba. ¡Atención, señores!...

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente, pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo formado en el transcurso de los siglos con gotas de agua espiritualizadas por la constancia y por el tra-



bajo, limpias de toda impureza, cernidas antes de caer allí por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que habíamos visitado; mundo al que no faltaba nada, ni habitantes siquiera, que su pacienzudo creador le había dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes que dormían en medio del bosque, de aves desconocidas que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos sembrados en la bóveda irregular de la cueva... No; nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro, sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

\* \*

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaba contraste delicioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el *payés* mallorquín por aquellas crujías de sombra, mofándose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también; que en más de una ocasión dijo al más próximo: «¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!» ó gritó al más apartado de la senda: «¡Ven aquí, *pijotero*, que desde aquí lo verás mejor!» Era la nota cómica en aquel drama de la naturaleza, la risa de aquellas tinieblas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto

de artista iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de *su* cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía, como una música retozona, daba yo vueltas en el interior de mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío vivió en tiempos remotos la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su materia...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más asqueroso embruteci-

miento y que vino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; que habían llegado al límite del egoísmo, de la brutalidad en el desenfreno, que eran delincuentes, monstruosos, sin redención posible, y que Dios, queriendo castigar sus infamias con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo, así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la tierra alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe..., y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo in-



evitable de su desgracia, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron los unos contra los otros; las hojas quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon cayendo sin concierto los unos encima de los otros; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse a volar, los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléctico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie, y sobrecogidos por un espasmo nervioso, agarrotados por el más horrible de los estupores, quedaron, donde sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia delante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en

el último rincón de la cueva, y la sombra, la sombra eterna cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra de puro contraer sus organismos todos, abandonado de Dios, sin que ningún ruido turbe el silencio pavoroso de su cárcel más que el de la gota de agua que cae sobre el lago, profiriendo un *chist* solemne, mandato imperativo de silencio perpetuo... ¡Allí está ese mundo siglos y siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo...!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



## EL PRIMER CHISPAZO.

«Parece que ya por la tarde hubo alguna excitación entre los reclutas, por haberse opuesto varios á vestir el uniforme de rayadillo.

Por la noche se dice que algunos se retiraron tarde al cuartel, y por esta falta fueron duramente reprendidos por el capitán de guardia, y no falta quien asegura que éste llegó á pegar á algún soldado.

— Aquí no sirven más que galones — afirman que dijo el capitán, contestando á las protestas de los soldados, y que entonces uno de estos contestó:

— También sirve tener corazón. Enfurecido el capitán trató de poner orden y castigar al que tal amenaza había proferido, y esto fué el comienzo del tumulto, pues



empezaron todos á arrojar objetos contra el capitán, promovíendose el consiguiente alboroto, y oyéndose decir:

—No embarcaremos si no embarcan los ricos.»

(La Voz Cantabra de Santander.)

Ya no son los *meetings*, ya no son las «retóricas socialistas» que dijo un diario, los que protestan de la redención por metálico, los que piden el servicio obligatorio desde la tribuna ó desde la prensa; son los soldados dentro del cuartel. La metáfora ha sido sustituida por el hecho, el orador por el recluta.

NO EMBARCAREMOS SI NO EMBARCAN LOS RICOS.

Esta frase, lanzada con arrogancia por un pobre soldado al rostro de su capitán, sin temor á los artículos de la ordenanza, es sencillamente grandiosa. Parece el arrebató de un hombre solo y es la indignación de toda una clase social, saliendo por la boca de un chico de 20 años. Son la razón y la justicia, cansados de que los escarnezan y diciendo: ¡Ea, ya es bastante!

¡QUÉ VAYAN LOS RICOS TAMBIÉN!... No sabemos lo que sentiría el capitán al oír esta súplica amenazadora. Su deber de militar, las exigencias de la disciplina le obligaban á reprimir el tumulto, á castigar al recluta rebelde. El capitán cumplió con sus obligaciones de soldado; hizo bien; pero el hombre que vivía dentro del uniforme ¿qué pensó al oír al recluta? ¿qué se dijo hacia dentro? ¿qué respuesta dió á su conciencia convertida en interrogante?...

No lo suponemos, lo afirmamos: el capitán dió una sola; la que podía, la que debía dar: Esta: Ese desdichado tiene razón.

Eso pensó mientras, no él, la disciplina levantaba el sable sobre el muchacho.

¿Cómo iba á responder otra cosa un representante del ejército, de la heroica oficialidad que lucha en la manigua por el honor de España? ¿Qué puede sentir ese oficial sino asco hacia tolerancias gubernativas, que cuando de luchar por la patria, de exponer la vida por la patria se trata, per-



miten ser cobarde ó antipatriota por el módico precio de 2.000 pesetas! ¡Qué puede sentir sino una profunda simpatía hacia el mozalvete que teniendo la muerte de cara, exclama no «¡No quiero ir!» si no «¡Vamos todos!»

¡Vamos todos!... Eso ha dicho un hombre en los cuarteles de Santander. Y qué ha hecho ese hombre. ¿Cometer un delito? No... Defender la Constitución del Estado... Exigir que la Constitución se cumpla. No castigo, recompensa merece por lo hecho. Mientras se burla un precepto constitucional y los ministros callan, y los diputados se hacen los sordos, y los de las 2.000 pesetas los muertos, ese muchacho vuelve por los fueros de la ley escrita. No castigo, repetimos, recompensa merece. Es un despertador, algo brusco, que grita al Gobierno: «¡Vamos, hombre, arriba, que se va á hacer tarde!» El Sr. Sagasta debía dar gracias al recluta. Es un amigo que avisa á tiempo.

Sí; ese muchacho al gritar «¡Vamos to-

dos!» ha vuelto por los fueros de la ley escrita; al añadir «¡Qué vayan los ricos también!...» ha vuelto por los fueros de la humanidad. Y al decir «Si no no vamos» ha vuelto por los fueros del sentido común.

¿Por qué ha de ser él y no los otros? ¿Es un deber de patriotismo ir á la manigua á romperse el alma con los mambises y á darse un abrazo con el vómito?... Pues la patria es de todos por amor, pero la patria no es sólo una imagen romántica, es una *realidad real*, la patria son tierras, casas, fábricas, industrias, acciones del Banco, ferrocarriles: propiedad, dinero. Eso es lo que se defiende, no además, á la vez que la idea abstracta. Los que van á la manigua son los amantes de la idea abstracta, pero son los desheredados de la *idea concreta*. Los que disfrutaban de ésta se quedan en casa. Y mientras los últimos engullen el trigo, cobran los alquileres, explotan las industrias, se comen las rentas y cortan los cupones, los primeros van como unos imbéciles á morir gritando: ¡Viva Es-



pañía!... ¡Qué barbaridad!... No... ¡Qué infamia!

¡A defender la patria! Bueno. Que vayan todos y antes que todos los que tienen más que perder: Así habla la lógica que no gasta billetes de Banco. Así hablamos también nosotros.

¡Qué vayan todos! Y que vayan pronto; que cese pronto ese atentado al derecho y al sentido común; porque la justicia grita muy alto y anda muy deprisa, y á poco que se tarde va á ser un grito general, la exclamación del pobre recluta.

Y vamos á tener que decir todos:

Tenéis razón: No embarquéis, si no embarcan los ricos.

1897.



## EL PROBLEMA EN PIE.

Desde la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo están ofreciendo los gobernantes españoles, las clases conservadoras, y casi todos los periódicos, sin exceptuar los de más avanzado criterio, un espectáculo tristísimo.

En las columnas de la prensa diaria pueden leerse relatos é informaciones minuciosos, tan minuciosos como imprudentes, tan imprudentes como desacertados. Los noticieros en su afán de batir el *record* del impresionismo y trasladar al público las notas más íntimas de la catástrofe y de las angustias que la catástrofe provocara, se han atre-

pañía!... ¡Qué barbaridad!... No... ¡Qué infamia!

¡A defender la patria! Bueno. Que vayan todos y antes que todos los que tienen más que perder: Así habla la lógica que no gasta billetes de Banco. Así hablamos también nosotros.

¡Qué vayan todos! Y que vayan pronto; que cese pronto ese atentado al derecho y al sentido común; porque la justicia grita muy alto y anda muy deprisa, y á poco que se tarde va á ser un grito general, la exclamación del pobre recluta.

Y vamos á tener que decir todos:

Tenéis razón: No embarquéis, si no embarcan los ricos.

1897.



## EL PROBLEMA EN PIE.

Desde la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo están ofreciendo los gobernantes españoles, las clases conservadoras, y casi todos los periódicos, sin exceptuar los de más avanzado criterio, un espectáculo tristísimo.

En las columnas de la prensa diaria pueden leerse relatos é informaciones minuciosos, tan minuciosos como imprudentes, tan imprudentes como desacertados. Los noticieros en su afán de batir el *record* del impresionismo y trasladar al público las notas más íntimas de la catástrofe y de las angustias que la catástrofe provocara, se han atre-



vido con todo, hasta con lo más digno de respeto, las nerviosidades irresponsables de una mujer enloquecida por el dolor. Las clases conservadoras, eso que se han dado en llamar *elementos sanos del país*, hablan, discurren y proceden, no como colectividad que protesta de un acto inicuo, como rebaño que se apiña sin orden y patalea á impulsos del miedo. ¡Y los gobernantes españoles!... Hay que convenir en que los gobernantes españoles no dejan nada que desear en punto á precauciones póstumas y á terrorismos medioevales. Todos sus actos, desde el oficio del Ministro de Gracia y Justicia indicando por telégrafo al presidente de una audiencia, á un magistrado, á un representante imparcial de la justicia, que acelere la ejecución de Angiolillo Galli, hasta el propósito de convertir la ley de represión del anarquismo en hacha de verdugo manejada á capricho contra la conciencia y el pensamiento de los ciudadanos, acusan una altura de miras y un tacto político pasmosos.

Pero ni esos periódicos, que un día antes de la muerte de Cánovas abominaban de él como de una calamidad, y al día siguiente lamentaban su pérdida como si fuese la pérdida de un Dios; ni esos periódicos, gracias á los cuales sabemos que la viuda de Cánovas comió garbanzos y lechuga, durante el viaje fúnebre; ni esas clases conservadoras que al día siguiente del crimen se arrojaban como buitres sobre la herencia de la víctima; ni ese Gobierno que ha dividido los procedimientos judiciales, como las empresas de ferrocarriles los trenes, en expresos, correos, mixtos y mercancías, han dicho nada, han discurrecido nada, han resuelto nada, donde palpita la severidad augusta del dolor, la serenidad majestuosa del juicio y la reflexiva energía de los hombres de Estado.

Sabemos cómo ha muerto Cánovas, cómo ha llorado su viuda, cómo ha ido el entierro, cómo van á ejecutar á Angiolillo Galli; y estamos á punto de saber cómo vamos á ir á la cárcel todos los españoles, y cómo van

34346



á hacerse las particiones entre los huérfanos y menores del partido conservador.

Lo que no sabemos aún porque nadie se ha ocupado en ello, ni los diarios con sus artículos, ni los políticos con sus manifestaciones personales y con sus determinaciones colectivas, es si el acto aislado del asesinato de Cánovas, sumándose al asesinato de Carnot, á la intentona de Pallás contra Martínez Campos, á la explosión de bombas anarquistas en París, en Barcelona, en diversos puntos del globo, ha hecho parar mientes en el estado social que semejantes carnicerías acusan, y en la necesidad que todos tenemos de estudiarlo á fondo y examinar cuáles son las causas á que obedece y las circunstancias que lo provocan.

Y esto es lo que hay que hacer.

Bajad de la altura donde os han colocado la casualidad, la suerte ó la herencia; recorred el subsuelo de las grandes poblaciones, la extensión libre de los campos, el recinto miserable de las aldeas; descendad á las mi-

nas; entrad en los talleres; acompañad en sus tareas al labriego tostado por el sol, curtido por el viento, resquebrajado por la llovizna y por la nieve; al albañil que pasa su vida sobre un tablón, oscilando entre la vida y la muerte; al herrero que tuesta su piel con las llamaradas de la fragua; á los obreros del músculo que trabajan como bestias; á los obreros de la inteligencia que son explotados sin compasión; subid á la buhardilla miserable, penetrad en la estrecha covacha, en el desmantelado cuartucho donde todos esos trabajadores se agrupan rodeados de sus familias, sin goces, sin comodidades, sin presente seguro ni porvenir posible; vedlo todo, examinadlo todo y escucharéis un rumor sordo, una protesta sin voces, una maldición muda de los desheredados, de los infelices, de los explotados, de los sinventura contra los ricos, contra los hartos, contra los explotadores, contra los venturosos; recoged ese eco en vuestro oído, llevadlo á vuestro corazón, levantadlo después hasta vuestro ce-



rebros y pensad, puesto que sois cristianos, puesto que todos los hombres son ó deben ser hermanos vuestros, que es injusto este desnivel de existencias que vinieron al mundo para ser iguales, para gozar juntos en banquete de fraternidad generosa todos los goces que la naturaleza ofrece, como nacieron para sufrir juntos todos los dolores que la naturaleza produce. Considerad que tienen derecho á vivir, á amar, á instruirse, á no morir de hambre, de frío, de abandono, de falta de justicia y de falta de pan. Pensad en eso. El problema está ahí.

Quédense las lágrimas para la familia del finado, ante cuyo cadáver nos inclinamos respetuosamente, como nos inclinaremos compasivamente mañana ante el cadáver de Angiolillo Galli. La memoria del hombre muerto, del hermano muerto, será siempre respetable para nosotros, tan respetable como odiosa la memoria del político reaccionario y del crimen que le arrojó del mundo; quédense los relatos y las informaciones maca-

bras de los noticieros para los aficionados á este género de literaturas; quédense el temor á la cárcel y á los histerismos gubernamentales para los hombres que por equivocación de la naturaleza usan tal vestidura fisiológica y son por dentro mujerzuelas tímidas, eunucos de serrallo que tienen castradas las santas virilidades del pensamiento y de la conciencia... Quede eso para ellos. Los hombres, los verdaderos hombres, deben mirar cara á cara los hechos, reconocer que en la historia y en la humanidad hasta las brutalidades y los crímenes políticos tienen su lógica, y afrontar el problema.



No; no ocurren en la humanidad las cosas porque sí; no son los organismos sociales niños inconscientes que proceden sin lógica; los crímenes que estamos presenciando son inexcusables, pero no son inexplicables; deben castigarse pero deben estudiarse; el



agarrotamiento de un anarquista asesino es una necesidad, pero no es un remedio; es un derecho, pero no es una solución. Tras de Ravachol, guillotinado, aparece Henry, arrojando la bomba destructora en el café *Terminus*; se ajusticia á Henry y surge Pallás; se mata á Pallás por haber querido asesinar á Martínez Campos y al poco tiempo es preciso matar á Caserio por haber asesinado al presidente de la República Francesa. Se castigan con presidios, con destierros, con fusilamientos, con todo género de expiaciones las salvajes hecatombes del Liceo y de la calle de los Cambios, y acto seguido Galli dispara contra Cánovas y aumenta con otro delito los pasados. Morirá el asesino de Cánovas porque es justo que muera, porque debe morir como han debido morir y han muerto sus fanáticos predecesores. Pero esta sucesión de crímenes, este haber siempre un hombre pronto á matar y á ser muerto ¿qué prueba? Que el castigo de un individuo, de varios individuos, no basta á resolver este

problema trágico. Que el mal es más grave, que tiene raíces más hondas y que hasta esas raíces hay que llegar sin asustarse por las desgarraduras que sienta la mano al buscarlas.

¿Qué diríamos del médico que sólo atendiese á cortar la calentura sin cuidarse del examen y curación del órgano que la produce? Se diría que era un ignorante, un mentecato, un curandero despreciable. Pues lo mismo debe decirse de vosotros, gobernantes, sociólogos, hombres políticos, que sólo os ocupáis en castigar los crímenes personales, sin ocuparos para nada en las causas que los originan y en el remedio que á tales causas se podría aplicar.

Esta injusticia, este desnivel, este abandono, este quebrantamiento de la fraternidad humana, determinadores del estado social presente, traen consigo protestas, aberraciones, locuras, infamias. Así como la enfermedad de un órgano provoca la calentura y la calentura el delirio, así también surgen de entre esas multitudes, calenturien-



tos, delirantes, criminales que elevan el delirio á la categoría de justicia y la destrucción á la categoría de ley.

Esos criminales no merecen piedad, no pueden pedirla, no la piden, no deben obtenerla tampoco. La sociedad hace perfectamente en proceder contra ellos, pero haría muy bien, al propio tiempo, en atender las justas reclamaciones de los que no tienen dichas que llevar al alma y pan que llevar á la boca.

Castíguense en buena hora á los criminales, pero atiéndase á los infelices para que no se vuelvan criminales.

Ya que el delito no puede ser justo, evitemos que sea lógico. Quitémosle toda razón, no digamos razón, todo motivo, no digamos motivo, toda excusa, no digamos excusa, todo pretexto. Seamos severos con nosotros para ser inflexibles con los demás y de este modo nos evitaremos la triste resultante que ofrece el asesinato de D. Antonio Cánovas.

Dos hombres caídos y el problema en pie.



## CUERPO Á CUERPO.

La Guardia civil, los forales y los agentes de Orden público, cargaron contra los huelguistas resultando dos de éstos heridos.

(DE UN TELEGRAMA DE BILBAO.)

**Moscon 30.**—Los trabajadores de las fábricas de hilados de algodón de Vikula, Maraschowe, Cheschowo y Sajjowo, en el Gobierno de Wladimir, después de declararse en huelga, se han amotinado, pegando fuego á la casa del Director de las fábricas.

Además entraron á saco en las oficinas apoderándose de la caja de caudales, de la cual extrajeron 40.000 duros en billetes de Banco.

En vez de utilizarse de esta suma, prendieron fuego á los billetes.

tos, delirantes, criminales que elevan el delirio á la categoría de justicia y la destrucción á la categoría de ley.

Esos criminales no merecen piedad, no pueden pedirla, no la piden, no deben obtenerla tampoco. La sociedad hace perfectamente en proceder contra ellos, pero haría muy bien, al propio tiempo, en atender las justas reclamaciones de los que no tienen dichas que llevar al alma y pan que llevar á la boca.

Castíguense en buena hora á los criminales, pero atiéndase á los infelices para que no se vuelvan criminales.

Ya que el delito no puede ser justo, evitemos que sea lógico. Quitémosle toda razón, no digamos razón, todo motivo, no digamos motivo, toda excusa, no digamos excusa, todo pretexto. Seamos severos con nosotros para ser inflexibles con los demás y de este modo nos evitaremos la triste resultante que ofrece el asesinato de D. Antonio Cánovas.

Dos hombres caídos y el problema en pie.



## CUERPO Á CUERPO.

La Guardia civil, los forales y los agentes de Orden público, cargaron contra los huelguistas resultando dos de éstos heridos.

(DE UN TELEGRAMA DE BILBAO.)

**Moscon 30.**—Los trabajadores de las fábricas de hilados de algodón de Vikula, Maraschowe, Cheschowo y Sajjowo, en el Gobierno de Wladimir, después de declararse en huelga, se han amotinado, pegando fuego á la casa del Director de las fábricas.

Además entraron á saco en las oficinas apoderándose de la caja de caudales, de la cual extrajeron 40.000 duros en billetes de Banco.

En vez de utilizarse de esta suma, prendieron fuego á los billetes.



El Director se salvó milagrosamente de la muerte.

Las autoridades han pedido el envío de tropas para restablecer el orden.

(DE LA AGENCIA FABRA.)

Se han empeñado y lo consiguen. Responden á las pretensiones del obrero con un encogimiento de hombros ó con una descarga y siguen explotándole, vejándole, desatendiéndole, como si no ocurriese nada, como si no hubiera que temer nada. «Te desprecio, te mato, y á vivir... ¿Quién piensa en los despreciados y en los muertos? ¿Qué puede hacer esa *gentuza* desarmada y hambrienta? ¡Bah! ¿Que se amotinan? Se carga contra ellos. ¿Que el hambre les hace gritar mucho? Se les tapa la boca con un puñado de calderilla... No merece la pena... Sigamos explotándolos y enriqueciéndonos. Para someterlos están los soldados, para dominarlos nuestro oro; la sangre acobarda, el oro humilla. A otro asunto.»

¡A otro asunto! Le dicen y lo que aún es peor lo creen. ¡Cuánta ceguedad!... De igual

modo que las razas degeneradas tienen la intuición orgánica de que sus vicios y debilidades fisiológicas las hacen perjudiciales para la especie y, comprendiendo que deben desaparecer, producen individuos de instinto suicida, así las clases explotadoras sienten que sus vicios sociales las condenan á muerte y producen entidades suicidas también. Sólo de tal suerte puede uno explicarse la insensata actitud que adoptan los opresores ante las reclamaciones de los oprimidos.

¿Cómo explicar sino que ante el continuo clamoreo de la miseria, del trabajo mal retribuido, del estómago mal alimentado, de una humanidad sedienta de justicia que reclama su puesto en la vida... los gobernantes no resuelvan cosa de provecho, los poderosos permanezcan indiferentes y los estrujadores del pueblo aprieten la muela de su codicia para estrujarle más y para que chorreen con mayor abundancia la sangre y el sudor que los enriquecen?...



Por si no es ésta la razón (de lo contrario holgarían consideraciones y advertencias) bueno es que los de arriba se fijen un poco en lo que ocurre abajo; bueno es que estudien los acontecimientos con esta cuestión formidable relacionados y que vean á lo que se exponen; porque si no se fijan bien, si no reparan en la actitud de las clases obreras; si no procuran suavizar la pendiente para que el encuentro inevitable entre unos y otros termine en un abrazo, el encuentro será un choque terrible y el abrazo lucha desesperada cuerpo á cuerpo.

Fíjense en ello los fabricantes bilbainos, los que se reirían detrás de los cristales de su balcón mientras la Guardia civil y los agentes de Orden público cargaban sobre los huelguistas. Fíjense en ello los que imaginan que las indignaciones del obrero pueden amansarse con un puñado de *perros chicos*, fíjense y vean que los soldados llegan tarde unas veces, que otras son impotentes para reducir á la multitud insurreccionada y que

el oro no siempre sirve para dulcificar odios y mantener rencores.

¿Lo dudan? Pues ahí arriba, en el telegrama de Moscou tienen un ejemplo iluminado por las llamas de un incendio, y dibujado con líneas de sangre.

Unos trabajadores rusos, un millar de esos infelices que viven como bestias en cabañas miserables, apizarradas por el hielo, hacen una reclamación á sus patronos, piden aumento de jornal; los patronos se niegan á oírlos y la huelga viene; tras de la huelga aparece el hambre, la cabaña sin lumbre, la hembra sin pan, el hijo sin pecho nutrido que lo alimenta... El odio, la desesperación, la protesta salvaje de cien generaciones oprimidas sube como una oleada de cólera á aquellos cerebros, sacude con brutal sacudida nervios y músculos; los hombres se amontonan, se apiñan, se miran un instante unos á otros como si dudasen, como si temiesen; los rostros palidecen con palidez trágica, los entrecejos se fruncen, los pechos alientan y corren.



los puños se crispan... Aquellos hombres esperan contemplando la fábrica donde está su jornal, que les ha cerrado sus puertas. Esperan... ¿qué?... una voz. Y la voz suena. Es breve y terrible como las sentencias de muerte. ¡Destruyámosla! grita la voz... Y la multitud cae sobre la fábrica y las puertas saltan en pedazos y las máquinas son destruidas pieza á pieza y los que quieren detener á los invasores, destrozados... y una mano... una, la más rápida, acerca una tea ardiendo á cualquier objeto combustible y la fábrica se transforma en hoguera y la multitud de trabajadores que pedían pan en tumulto de fieras que piden ruinas y desastres.

¿Quién puede detener á esa multitud rabiosa?... ¿Los soldados? están lejos, muy lejos... ¿La súplica? el rencor es sordo á la piedad. ¿El oro?... El oro está allí, á su alcance, en papeles que representan miles de rublos y lo echan al fuego después de hacerlos trizas entre sus manos temblorosas de hombres hambrientos.

No; ¡que no ocurra eso! Por vosotros, por ellos!...

¿Qué necesitáis para que no ocurra?

¿Ser más buenos?

No; ser más justos.

1897.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



## LOS JÓVENES.

Se ha traído y llevado estos días á nuestra juventud de Ceca en Meca (de periódico en periódico quiero decir), á propósito de sus méritos y deméritos, de su presente significación y de lo que puede representar en lo futuro. Censúranla unos, ensálzanla otros, desprécianla los de más allá y no consiguen ponerse de acuerdo.

Como el asunto es de actualidad y de actualidad han de ser las crónicas, y yo tengo contraída la gratísima obligación de escribir una, me parece momento oportuno para decir algo que respecto del particular se me ofrece.



Conste que no hablo en clase de joven.— ¡Ojalá!— Quien, como yo, cumplió los 35 años, quien tiene algunas arrugas en la cara, bastantes canas en el pelo y no pocos desengaños en el corazón, no puede ya oficiar de joven; salta á la vista ajena, peor aún, á la propia, que no lo es, y fuera inútil querer disimularlo.

Tan inútil como sería; porque si las canas se tiñen con cosméticos y las arrugas se disfrazan con afeites, no es posible teñir con esperanzas los desengaños y disfrazar con prometimientos las decepciones. ¿De qué sirve la existencia de oficios empleados en restaurar contratiempos—cumpletiempos estaría mejor—de la epidermis, si no los hay hábiles para componer desvencijaduras del alma? ¿A qué carnavalear con los extraños para cuaresmar con uno mismo?... Resultaría estúpido, y yo no cometo estupideces á sabiendas. Por si alguien me obsequiaba con ésta, aprovecho la ocasión para dimitir mi juventud.

No significa lo dicho que me declare viejo; fuera estupidez del tamaño de la anterior, el *contrapunto* que dice el municipal de la *Frescachona*... Y voy con los jóvenes y dejo de hablar de mí. Bastante hablan otros para que yo me tome la molestia.

La juventud de ahora, escriben por ahí, es una juventud deficiente, pequeña, falta de energías, de aspiraciones nobles, de propósitos levantados, de grandes ideales; ni tiene firmeza, ni atrevimiento, ni carácter propio, ni personalidad, ni nada. Es una juventud imposible.

Los que hablan así, sólo hablan de la juventud literaria; sólo contra la juventud literaria arremeten; sólo á la juventud literaria censuran. Con la otra juventud no va el *anathema*. La juventud que politiquea, la que anda en ciencias, la que se sustenta de las armas, la que combina notas ó pinta cuadros ó vive de empleos oficiales, está libre de tan acerbo juicio, nadie la critica. Únicamente á la juventud literaria se pone en cerco



para combatirla y en entredicho para negarla. No parece sino que la juventud literaria es planta exótica importada á España desde la luna, y por tal causa sin relación ni semejanza con la juventud de que forma parte.

¿No es así? ¿Pues por qué se habla exclusivamente de la juventud literaria? ¿Por qué no se habla de toda la juventud? ¿No sería más justo? Claro que sí. ¿Por qué no, entonces? ¿Por qué?... Porque al hablar de toda la juventud, al acusarla en globo de decaimiento, habría que estudiar las causas de este decaimiento, y al estudiarlas acaso, y sin acaso, caería la culpa, no sobre la generación actual, sobre quienes formaron el ambiente donde la actual generación pelea y vive.

¿Qué han encontrado los literatos jóvenes al venir á la *vida pública*? ¿En qué atmósfera nacieron? ¿Con qué literatura se han nutrido? ¿Qué camino habían abierto á sus ojos los escritores de la generación anterior? ¿Dónde estaba el Balzac viejo que sirviese

de arranque á los Zolas futuros? ¿Dónde el pezón que alimentase con raudales de genio á la juventud hambrienta de enseñanzas?... Declaro que los nuevos sólo hallaron biberones calcados en moldes extranjeros, ó hechos con cristales viejos del derribo romántico. Una lactancia artificial en la que había poca leche de recibo: ese fué el tratamiento empleado con ellos; porque hay que confesarlo: á los literatos recién nacidos se les ha tratado y se les trata con muy mala leche.

Y lo que digo de los literatos puede aplicarse á toda nuestra juventud.

No ha encontrado ambiente para desarrollarse con grandeza. Aquí todo es pequeño: la política, la ciencia, el arte; los padres de esta juventud han construído para ella una casa tan baja de techos, que hasta los más altos intelectualmente necesitan tener, si quieren vivir, contextura de *clac*; la caja que los guarda es chica, y para estar dentro de ella deben, so pena de hacerse añicos contra la tapa, de permanecer encogidos, contrahe-



chos, con los muelles aplastados, esperando la ocasión de estirarse.

Así viven los *clacs*; así vive también la juventud, adaptándose al medio, conformándose con la estructura de la caja que le cupo en suerte; cierto de que sólo cuando lleguen días de baile podrá hacer uso de sus resortes y lucir su verdadera altura. ¿Es culpa de ella ó de la caja? Ustedes verán.

Yo diré lo que he visto.

Yo he tratado de cerca á esa juventud, la he oído hablar, expresarse, sentir sin falsilla, cuando el cerebro se abre, como las ventanas á la luz de la primavera, de par en par, enseñando el fondo de las habitaciones, cuando el corazón late á flor de pecho y permite seguir sus latidos sobre la piel. He tratado á esos jóvenes, les conozco por dentro y sé que valen más, mucho más de lo que sus detractores imaginan. Tienen ideales grandes, descubren horizontes nuevos; pero el medio es hostil á sus ideales y está cerrado á los horizontes por ellos entrevistados. ¿Dón-

de van á exponer los primeros? ¿Desde qué sitio van á señalar los segundos?

En ninguno; desde ninguno. Como todas las formas de publicidad han de responder á las exigencias del medio, y nuestro medio es asustadizo y sólo quiere manifestaciones apaisadas hechas á patrón, los periódicos, que de la publicidad viven, á su público se acomodan, y lo que su público desea le ofrecen los editores, que para vender libros lo son, compran aquellos que con las exigencias del mercado se condicionan, y los empresarios de teatros admiten aquellas obras que, correspondiendo á los gustos del público, pueden ser del público aplaudidas. Esto es lógico y sería injusto censurarlo.

Pero si esto es lógico, no lo es menos que los jóvenes quieran vivir de su trabajo y que para conseguirlo fabriquen mercancías cotizables. Hay que comer, y el estómago no da espera.

Se dirá que una juventud así no es una juventud sublime, dispuesta á sacrificarse

por el ideal. Ciertó. Pero convengamos en que si ésta no es una generación de mártires, tampoco lo fué la pasada. Y convengamos en que si la generación pasada encontró quien la alentase y sostuviese, ésta sólo encuentra quien la vapulee y desdeñe.

Porque ahora se ha dado en la flor de *reventar* á todo el que empieza. ¿Esperanzarle? ¿Ayudarle?... ¡Sí, sí!... Un día de éstos.

¿Es usted joven? ¿Quiere ser literato? Pues como no debute de Shakespeare, de Víctor Hugo ó de Cervantes, al hoyo; palo y tente tieso; no hay piedad. Cualquiera diría que los que le juzgan debutaron de genios.

En fin, esto sería lo de menos; lo malo es que la suprema razón del encogimiento de la juventud española depende del ambiente que se respira.

Atraviesa hoy España un momento que guarda grandes relaciones con aquel otro de nuestra historia, admirablemente descrito

por Moret en una conferencia del Ateneo: el representado por la corte de Carlos IV.

Todo era entonces miseria, pequeñez, pobreza material, estancamiento moral, atrofia de cerebros, ceguera de conciencias, flaqueza de energías, penuria de ambiciones, falta de ideales... España parecía un pueblo muerto; la juventud era una juventud de petimetres y de chulos... Y, sin embargo, aquella juventud tuvo ocasión de ser grande, heroica, sublime, y lo fué.

¿Quién sabe si á ésta no se le ofrecerá también ocasión para serlo?...

Vale la pena de aguardar un poco antes de juzgarla.







## ANIVERSARIO NEGRO.

Un gran diario belga propone que se celebre este año con grandes festejos el noo aniversario del descubrimiento del carbón de piedra ó hulla.

La idea del periódico belga ha sido muy bien recibida y es posible que se lleve á efecto el solicitado centenario.

*El Herald.*

Sí; hace setecientos años que Hulliez, un pobre herrero, un siervo amarrado al yunque de la fragua, tropezó en los alrededores de Lieja con un polvillo negro y fácilmente combustible; este polvillo era el heraldo de la hulla, un heraldo que la tierra enviaba á los

hombres para decirles: «Aquí, dentro de mis dominios, hay algo que es calor, que puede ser vida y progreso. Venid á buscarlo, porque os pertenece, como todo lo mío y os pertenece por igual.

Hulliez, el obrero, encendió un hornillo con las migajas de hulla encontradas y otro hombre, un poderoso, abrió la primera mina de carbón de piedra, donde Hulliez empezó acaso á trabajar como un imbécil, mientras el otro le miraba cruzado de brazos y riéndose de él.

Así debió comenzar la historia. Tal fué sin duda el fundamento primordial de esa *trata* que se llama explotación de la hulla, debiendo llamarse explotación del hombre, emparedamiento de seres humanos en un *in pace* negro, donde conversan amigablemente, como dos verdugos bien avenidos, el ácido carbónico que asfixia y el grisú que mata.

Así empezó la historia y así continúa desde hace setecientos años. La madre natu-

raleza, sin establecer diferencias entre sus hijos ¡cómo va á establecerlas una madre!, exclamó ¡Ahí va eso! Trabajadlo y disfrutadlo equitativamente.»

Eso quería ella; pero sucedió todo lo contrario: Los chicos más fuertes cogieron por el cogote á los más débiles y les gritaron «¡Eh!... Los trabajos para vosotros, para nosotros los beneficios. ¡Obedecéis ó apretamos!» Y los débiles se pusieron á la faena y los fuertes al acaparamiento y la madre naturaleza fué estafada una vez más.

Así empezó la historia... ¡Y qué siniestros capítulos los de esa historia escrita en hojas de carbón de piedra!...

Descifradores de jeroglíficos, bajad á la mina, interrogad á las esfinges negras groseramente abocetadas por la piqueta del minero; inclináoos hacia ellas y traducid lo escrito en ellas con gotas de llanto, con hilos de sangre que cristalizan sobre la corteza rezumosa del mineral.

Traducid y veréis cómo desde hace sete-



cientos años están bajando al fondo asesino de la cantera negra, los descendientes de Hulliez, los obreros, los que extraen la hulla sin descanso mientras el amo los contempla sin lástima. Hojead ese libro y encontraréis en él un árbol genealógico más curioso que el de los príncipes y reyes, genealogía de esclavos arrojados de padres á hijos por la boca tragona de la mina para dejar en ella sus energías de hombre, sus virilidades de macho, su jugo de trabajador. Preguntad al polvo de carbón disuelto en aquella atmósfera de plomo y él os dirá cómo ha ido penetrando por gargantas humanas, para llegar hasta los pulmones y obstruir los vasos celulares con taponcillos de hulla que dificultan la respiración, y pudren la sangre y enraquitescen los organismos y dejan á sus víctimas incapaces de producir más que generaciones anémicas, desequilibradas, escrofulosas, que pierden la infancia á los 8 años y tocan la decrepitud á los 40. Pedidle una audiencia al grisú y que os enseñe la lista

incontable de sus víctimas; que alumbre con su luz siniestra los montones de huesos que se petrifican en las últimas profundidades de aquel infierno... Preguntad, descifrad, traducid, dirigíos luego á los grandes centros de población, ved los montones de oro que guardan en sus cajas las Compañías explotadoras y completaréis la historia de la hulla.

¿Verdad que es muy entretenida?

Pues de esa historia es de la que se quiere celebrar el dcc aniversario. El aniversario negro.

Menos mal si alguien no se adelanta al periódico belga y celebra otro aniversario.

El rojo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



## DELORME.

---

Alto de estatura, delgado de cuerpo, rubia y como erizándose contra los peines y el cepillo la barba, emborrascado el pelo, soñadores los ojos, malo el color y peores las trazas de su indumentaria habitual, veía yo hace algunos años por calles, cafés y redacciones de periódicos, á un joven de quien primero supe que se llamaba Rafael Delorme, y luego de estrechar su mano y oírle hablar y discutir, averigué que era un pensador notable, un propagandista tenaz, un revolucionario vehemente y un hombre honrado.



Honrado, sí; no con esa honradez que consiste en alistarse resignadamente á la recua humana, y hacerse expedir un certificado de buena conducta por los vecinos del barrio, con el visto bueno de la portera de la casa; no con esa honradez apaisada que estriba en levantarse temprano, desayunarse con chocolate, ser novio para casa de los padres, y ayuntarse á una hembra con su miajita de bendición sacerdotal, y su poco de idilio *à posteriori* traqueteado en los almohadones de un vagón de primera, y de rato en rato interrumpido por el entrar y salir de viajeros, conductores y mozos de tren; en buscar unos *garbancitos* seguros, cuesten las humillaciones que cuesten, para sostener las *sagradas* necesidades de la familia, y en faltar á *la señora* de cinco á siete de la tarde, con todo linaje de reservas y preservativos higiénicos, para no adquirir fama de trasnochador y de adúltero, ó echarse encima algún compromiso de aquellos en que la ley anda á puñetazo limpio con la naturaleza.

Declaro que si esta es la honradez, Delorme no podía formar en sus filas.

Pero si la honradez se cifra en no prostituir el alma, en no vender la inteligencia, en consagrarse á ideas y fines, que sean cuales sean, se reputan justos, verdaderos y santos, en sacrificarse por ellos, en no transigir aunque para obligarnos á transigir nos empujen y soliciten la miseria, el desamparo, el olvido, el odio ajeno y el sufrimiento propio; si ser honrado es luchar y luchar sin tregua contra tales poderosos adversarios, y no rendirse y seguir adelante; en no ser manceba del oro y mercancía del mejor postor, hay que convenir en que Rafael Delorme ha sido uno de los hombres más honrados de esta España de las abdicaciones y los destinos de 6.000 reales.

Prueba de ello es que Delorme pudo estar al frente de una fábrica que le garantizase un porvenir *práctico* y no lo estuvo; ni era fácil que estuviese en ninguna, cuando todos los fabricantes sabían que hubo de abando-



nar su puesto porque defendió los intereses de los obreros contra las exigencias codiciosas del patrono; tenía valor, energía, talento, don de gentes, y ni comedió con su valor, ni traficó con su energía, ni hizo feria de su talento, ni utilizó su don de gentes en captarse beneficios y protecciones; pudo ser rico y fué pobre; conocido y apenas si le conoce nadie en España, donde pocos saben que es padre de un libro notabilísimo, *Los aborígenes de América*, del que con grandes elogios se ha ocupado toda la prensa americana; pudo vender su pluma, su fe, sus ideales y defendió con pudores de virgen la primera, con abnegaciones de mártir la segunda, con bravura de héroe los últimos; pudo conquistar una subsecretaría haciéndose ministerial de cualquier Ministerio y sólo quiso conquistar el porvenir siendo socialista.

Raro fenómeno, caso de excepción el que, con otros pocos, representaba Delorme en esta juventud que sólo sabe luchar por el panecillo; que en arte se dedica á lisonjear

las groseras exigencias del público; en política las vanidades del personaje ó los caprichos de la *personaja*, y en usos y costumbres sociales *las venerandas tradiciones*; juventud enteca, enfermiza de alma y cuerpo, con inteligencia de usurero, corazón de sapo y estómago de dromedario; que no mira al sol porque ofende los ojos, ni al abismo social, porque el abismo es negro y respira alientos de podredumbre y de miseria; juventud que aprieta la mano de los ladrones enriquecidos y vuelve la espalda á los hombres de bien mal trajeados; juventud de mendigos que se visten de caballeros mientras los caballeros, como no se dedican á mendigar, precisan vestir de mendigos; juventud que no tiene grandeza en sus vicios porque no tiene grandeza en sus virtudes; juventud por la que pasará la historia, como pasan los hombres por nn charco fangoso: dando un salto para no mancharse los pies.

Y si antes de saltar se detiene, será para dirigir una mirada de simpatía y una sonrisa



de cariño á los pocos que supieron sustraerse al medio ambiente que les rodeaba y abrir, ya que no un camino, una senda que se encaminase á lo futuro. Si tal ocurre, entre los favorecidos por esa mirada y los acariados por esa sonrisa, figurará Rafael Delorme.

Tal fué el hombre que sucumbió en el hospital de la Princesa, sin que el espectáculo de la muerte le hiciera vacilar en sus convicciones filosóficas. Inútil ha sido que algunas hermanas de la caridad, con más espíritu católico que buen acuerdo, se acercaran al lecho donde agonizaba Delorme, para mendigarle una retractación de sus ideas, para expedirle un certificado eclesiástico con destino al cielo de los frailes y de las monjas. Delorme ha respondido sencillamente. «No se molesten ustedes; todo es inútil; estoy donde estaba; como he vivido moriré.»

Y ha muerto como un justo, según la expresión del enfermero de la sala.

¡Volverse atrás!... ¡Apostatar de sus creencias!... No era Delorme de esos. Delorme era un convencido, no era un fanfarrón; los fanfarrones se retractan ante las amenazas que en nombre del *más allá*, les dirige un hábito cualquiera; los convencidos no. ¡Cómo iba á retroceder en la corta brega de la muerte, quien como Delorme no retrocedió en la pelea larga de la vida!

No, Delorme no era de esos. No retrocedía nunca. Cuando se ha acercado á conquistarle la religión llevando á la muerte por alcahueta, Delorme ha respondido: «No hagas arrumacos, te conozco.» Y cerrando los ojos á la vida y abriendo la sonrisa al porvenir, ha dejado de ser.

Ha dejado de ser; pero en nosotros queda su memoria para alentarnos y sostenernos; con nosotros queda el recuerdo de aquel hombre que ha luchado cuerpo á cuerpo con la miseria, con el hambre, con el odio,

con las persecuciones para caer limpio de toda mancha. Con nosotros queda y nosotros la veneraremos siempre y la admiraremos siempre también.

¿Que Delorme era casi desconocido por la gente?

¿Que no ha triunfado?

¿Y qué?

En estos combates del ideal el que cae durante la pelea es tan grande como el que triunfa.



## LA GUERRA.

¿Y de qué hablar, sino de la guerra?

Esta es hoy la única preocupación de los españoles. No puede, no debe ser tampoco otra. Cuando se ha recibido un insulto, cuando se siente en el rostro el escozor humillante de la bofetada, sólo hay un pensamiento: vengar el insulto, devolver el golpe. Amor, ambiciones, familia, riqueza, bienestar, egoísmos materiales y morales desaparecen; el instinto de conservación dimite; todo el hombre está reconcentrado en dos ojos, que miran con odio, y en un brazo que se dispone á herir.



con las persecuciones para caer limpio de toda mancha. Con nosotros queda y nosotros la veneraremos siempre y la admiraremos siempre también.

¿Que Delorme era casi desconocido por la gente?

¿Que no ha triunfado?

¿Y qué?

En estos combates del ideal el que cae durante la pelea es tan grande como el que triunfa.



## LA GUERRA.

¿Y de qué hablar, sino de la guerra?

Esta es hoy la única preocupación de los españoles. No puede, no debe ser tampoco otra. Cuando se ha recibido un insulto, cuando se siente en el rostro el escozor humillante de la bofetada, sólo hay un pensamiento: vengar el insulto, devolver el golpe. Amor, ambiciones, familia, riqueza, bienestar, egoísmos materiales y morales desaparecen; el instinto de conservación dimite; todo el hombre está reconcentrado en dos ojos, que miran con odio, y en un brazo que se dispone á herir.

Habladle á ese hombre injustamente ofendido, inicuaente maltratado, que obtuvo desprecios al exigir reparaciones, habladle de que en el encuentro con su enemigo puede perder la existencia, y con ella el amor de la mujer querida, el porvenir de sus hijos, sus anhelos de renombre, de fortuna... habladle de eso y no os escuchará, no os responderá, y si responde será para decir: «Ya lo sé, pero no hay remedio. ¿Queréis que sufra en silencio el insulto? ¿Que me resigne al ultraje? ¿Que por temor á los riesgos del lance haga de mi honra una escupidera?... ¿Queréis que lo haga? Y si lo hago, ¿qué dirá de mí la mujer que amo? ¿Qué pensarán mis hijos? ¿Qué renombre, qué gloria, qué fortuna, podré edificar sobre cimientos de cobardía?... No; la mujer que amo rechazará con asco mis caricias; mis hijos negarán su respeto á quien no supo hacerse respetable, mi nombre y mi fortuna estarán á merced de cualquiera que podrá entrar por ellos á mansalva, con la garantía

de mi miedo. No; nunca. En cambio, si sucumbo defendiendo mi honor, la mujer querida besará mi imagen con los besos impalpables del recuerdo; mis hijos venerarán mi memoria, y las gentes acatarán el nombre de un muerto que supo defenderlo vivo. Dejadme; no me habléis de nada que no sea la reparación del insulto. Vamos á repararlo, y suceda lo que suceda. ¡Qué importa!...»

Así hablan los hombres que tienen vergüenza. Así hablan los pueblos que tienen dignidad. Así ha hablado España. Respondiendo á sus tradiciones, contesta á la provocación matonesca de los *yankees* con un «vamos á verlo» sobrio y firme. En esta contienda me hacen los norteamericanos, con sus gritos, con sus desplantes, con sus alharacas y descomposturas, el efecto de esos bravos de oficio que patalean en las tabernas, y vociferan en los colmados y echan roncacas en las *chirlatas* para salirse corriendo al primer contratiempo; y me parece España, por su seriedad, por su calma y por su fría deci-



sión uno de esos hombres que no *presumen*, que al ser provocados se ponen pálidos sin hablar, y exclamando: «¡Qué vamos á hacerle!», se juegan de cara la vida y pelean con furia y se enardecen á cada golpe que reciben; hombres que pueden caer al suelo; pero, si caen, en el suelo siguen peleando y no dejan de pelear hasta que se escapan por las bocas de sus heridas la últimas gotas de su sangre.

Los valientes *de veras* no gritan, callan. Los *yankees* han gritado mucho; los españoles han hablado poco. Veremos, si el caso llega al fin, quién pelea mejor.

Por lo pronto, aquí en España, sin diferencias de posiciones y partidos, estamos de acuerdo. Ha llegado el momento de decir «¡vamos!»; y todos se hallan dispuestos á ir donde sea y como sea, porque la patria lo exige y porque la patria tiene razón.

Sí, la guerra es una necesidad, á ella contribuirán los españoles con sus caudales y con sus vidas. No es cosa de que nos

pisoteen la honra esos hijos de la gran *Talega*.

Hace algún tiempo, y hablando de nuestra juventud, decía yo en otra *Crónica de El Liberal* algo muy parecido á esto que sigue:

«Aún no es tiempo de juzgar á esa juventud, la acusáis de falta de energía, de ideales, de grandeza; pero, ¿acaso tienen ocasión, momento, oportunidad de manifestarse?... ¿Qué campo se ofrece á sus ideales? ¿Qué camino á sus energías? ¿Qué piedra de toque á su grandeza de alma? En este encharcamiento material y moral que sufrimos, en esta atmósfera raquítica que respiramos, no puede desenvolverse nuestra juventud. No pidáis grandes vegetaciones en arenales infecundos; no exijáis que los árboles se robustezcan sin agua que los nutra, sin aire puro que los acaricie. Esperáos; y si llega un instante en que esa juventud pueda ser grande, enérgica, sublime, y no lo sea, condenadla sin apelación; hasta entonces suspended el

juicio, porque incurriréis, condenándola, en una injusticia sin ejemplo.»

«Semejante á la de ahora—añadía yo—era la situación de España antes de la guerra de la Independencia. ¿Quién hubiera creído á aquel pueblo encanallado, á aquella juventud insípida, capaces de heroísmos y sublimidades? Nadie. Y, sin embargo, aquel pueblo y aquella juventud se levantaron como un solo hombre para pelear contra un coloso, y le vencieron; y de aquella raza de combatientes por el honor de la patria, nació otra raza de combatientes por la libertad, por el derecho, por la justicia, por el progreso de las ideas y la emancipación de los pueblos. Y esa raza fué grande y fué vigorosa en todas sus manifestaciones, y combatió sin tregua y consiguió su objeto, y ni regateó su vida para lograrlo, ni sintió flaqueza, ni renegó su fe, ni traicionó su causa.

¿Quién sabe si llegado otro momento semejante de nuestra historia, esta juventud que despreciáis no responderá como respon-

dió aquella juventud despreciada y envilecida?»

Así concluía yo aquel artículo.

El momento ha llegado.

¿Y qué ha ocurrido al llegar el momento?

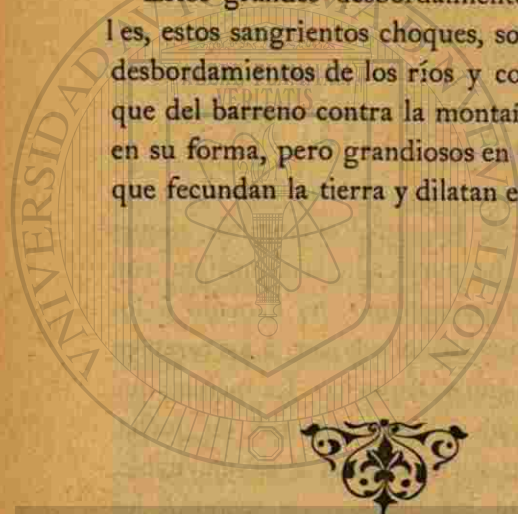
Que España entera responde como respondió en 1808.

Y es porque una violenta conmoción, venida de fuera, ha roto los fangosos diques del charco; ha purificado la atmósfera con el fuego del patriotismo; ha llamado á los corazones con voces de honor, á los cerebros con llamamientos de justicia. La inercia, que es muerte, va á transformarse en lucha, que es vida, y en la lucha si es inevitable, se templarán las almas, y se acercarán los caracteres, y se engrandecerán los hombres. ¿Qué importan los resultados de la lucha? Buenos ó malos, siempre habrá sido la lucha, una gimnasia redentora; un desperezo regenerador de los músculos nacionales. ¿Qué importan los que en esa lucha sucumban, si los que queden producen una raza que sepa



combatir por el progreso humano, como sus padres combatieron por la patria española?

Estos grandes desbordamientos nacionales, estos sangrientos choques, son como los desbordamientos de los ríos y como el choque del barreno contra la montaña: terribles en su forma, pero grandiosos en su fin, porque fecundan la tierra y dilatan el horizonte.



## EXPLOTACIÓN DE NIÑOS.

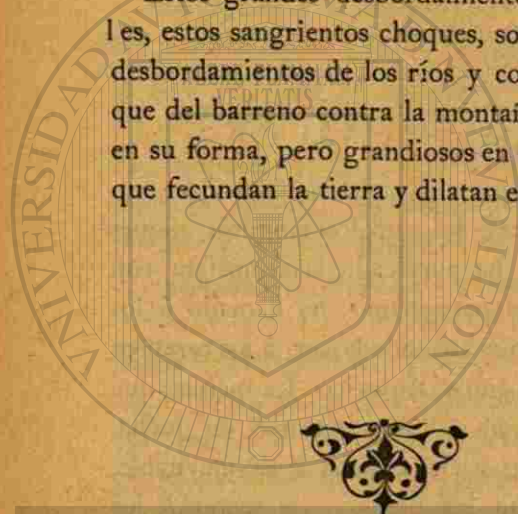
PARA D. ALBERTO AGUILERA.

Obligación es de los grandes favorecer á los pequeños. De ahí que yo me dirija á V. E.; porque V. E., á más de ser grande por la talla, tiene el corazón á la talla proporcionado.

Estas son mis noticias, y si V. E. quiere confirmarlas con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Quisiera yo, y perdone V. E. la molestia que le produzco, que V. E., dando esquinazo, por media hora, á los majaderos que en su despacho le adulan y cortesanean, tomase un cochecito, aunque fuera

combatir por el progreso humano, como sus padres combatieron por la patria española?

Estos grandes desbordamientos nacionales, estos sangrientos choques, son como los desbordamientos de los ríos y como el choque del barreno contra la montaña: terribles en su forma, pero grandiosos en su fin, porque fecundan la tierra y dilatan el horizonte.



## EXPLOTACIÓN DE NIÑOS.

PARA D. ALBERTO AGUILERA.

Obligación es de los grandes favorecer á los pequeños. De ahí que yo me dirija á V. E.; porque V. E., á más de ser grande por la talla, tiene el corazón á la talla proporcionado.

Estas son mis noticias, y si V. E. quiere confirmarlas con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Quisiera yo, y perdone V. E. la molestia que le produzco, que V. E., dando esquinazo, por media hora, á los majaderos que en su despacho le adulan y cortesanean, tomase un cochecito, aunque fuera



de punto (no es mi ánimo cansar á las ballerías oficiales), y una vez dentro de él hiciera rumbo al teatro Moderno, calle de la Libertad, una calle que siempre anda á puñetazos con su nombre; en esa calle vive *La Epoca*, y un poco más arriba, en el teatro, han plantado sus reales unos secuestradores de niños.

Acaso lo sean sin darse cuenta clara de que lo son; pero es lo cierto que secuestradores resultan.

Secuestradores, señor gobernador de Madrid, secuestradores: ni me vuelvo atrás, ni pongo dinero por la denuncia, como acostumbran algunos, ni rehuyo sus consecuencias personales, como hacen y han hecho otros que llevan el valor en la lengua y la conciencia de sus actos en los tacones de las botas; secuestradores, más penables que los que andan por los caminos á vueltas con la Guardia civil; aquéllos, los de manta al hombro, pistola al cinto y escopeta al brazo, secuestran hombres para quitarles su oro, y

éstos secuestran criaturas para estafarles su niñez; el primer delito consiste en robar á un sér humano su parte de propietario; el segundo en robarle su parte de ángel. Ya ve V. E. que no hay paridad.

La existencia sólo tiene un pedazo feliz; la infancia; pobres y ricos gozan de ella; porque el niño ni repara en trajes, ni en metales, ni en posiciones; juega y ríe, no tiene otra cosa que hacer; una madre que le acaricie, un compañero con quien tirarse de los pelos y un sol que se deshaga en rayos sobre su cabeza mientras sus labios se deshaceu en risas sobre su cara... ¿Para qué más?... ¿Juguetes?... De cualquier cosa sale uno... Hasta del fango del arroyo hacen los muchachos juguetes.

¡Qué edad tan hermosa, Excmo. Sr.!... ¿No recuerda V. E. cuando sus hijas, que hoy son dos mujeres, muy guapas por cierto, jugaban por los paseos del Retiro, de la Castellana, por los jardinillos de la Moncloa ó del Campo del Moro?... Sin preocupaciones, sin



trabajos, con libertad de alma y cuerpo, correteaban ellas con otras chiquillas y chiquillos, y estoy seguro de que V. E., al contemplarlas sin más oficio ni más deseo que divertirse, gritaba hacia dentro: «¡Que se diviertan, que se diviertan mucho; bastante les queda que sufrir!»

Pues bien, los niños del teatro Moderno no se divierten, divierten; no ríen, hacen reír; no cantan para ellos, cantan para el público que tiene el mal gusto de aplaudirles, en lugar de llorar por ellos como se llora los desdichados. Esos niños, que tienen ocho, diez, doce años á lo sumo, no utilizan sus ojos para mirar al cielo con descaro sublime, sino para hacer guiños picarescos de charrán ó de hembra corrida; no abren su boca con risa franca, la rasgan con chulesco mohín; no lanzan por ella gritos incoherentes, frases candorosas, sino suspiros de á tanto el segundo y chistes de teatros por horas; no mueven su cuerpo con movimientos libres de chiquillo en asueto, sino con libertino

compás ó con repugnante coquetería; no alzan pies y piernas para correr por los jardines públicos respirando oxígeno y tragando sol, sino para danzar entre arbolillos de cartón y ahogarse en una atmósfera viciada y exhibirse á la luz de las candilejas eléctricas. No es el padre, no es el hermano, no es el compañero de juegos quien mete en su alma afectos puros, sentimientos nobles, ideas generosas, los primeros equipajes de la existencia; es un apuntador quien arroja por su oído adentro pasiones, vicios, impurezas y maldades humanas, lo que se coge luego, cuando avanzan los años y se entenebrecen los recuerdos de la niñez... ¡Qué horrible es todo esto, señor gobernador de Madrid! Cuando las demás criaturas duermen, éstas *representan* sobre un escenario; cuando las otras van á paseo, éstas van al ensayo; cuando las primeras escuchan el canto de los pájaros, las segundas, no las últimas, porque éstas son las últimas, escuchan las advertencias del traspunte; cuando las otras ganan



su pan con sus risas, éstas ganan el pan suyo con las risas de los demás. Mientras aquéllas acarician á su padre, éstas enriquecen al empresario... Qué contraste, ¿eh?

Pues hay más... Nosotros, los que hemos sido niños, empezamos á conquistar la vida á los 20 años; cuando éstos, que no han sido niños jamás, los cumplan, ya no podrán conquistar nada... Serán un sobrante, un girón de humanidad perdido para todo... dieron lo suyo antes de tiempo y llegarán estrujados á los comienzos de la lucha!... ¡Y esto se permite en Madrid! Estoy seguro de que V. E. no ha parado mientes en ello... Si no, ¿cómo iba á tolerarlo?

¡Por caridad—¿qué por caridad?—por justicia, que no continúe esa explotación! V. E. puede contribuir á evitarla; nosotros, los que para el teatro escribimos, podemos ayudarle mucho también.

Yo, de mi parte, le aseguro una cosa:

Esa compañía piensa representar mi obra *Juan José*. Piensa mal; con esta fecha escri-

bo á mis editores para que le prohíban representarla.

*Juan José* y mis otras comedias son mi caudal único; pero, francamente, dinero así ganado me repugna.

No quiero lucrarme con la niñez; no quiero ser cómplice en ese delito de lesa infancia.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



## OTRA CAMISA.

Ni el título de esta crónica es mío, ni lo es tampoco la idea en que la crónica se inspira. Ambos me han sido proporcionados por una mujer. Escribo mujer, y no dama, porque *damas* se encuentran en todas partes, hasta en los *repartos* de bastidores, y mujeres, verdaderamente mujeres, no son tan fáciles de encontrar.

Esta mujer, digna, para mí y cuantos la tratan, del mayor respeto, discurría anoche con cuatro ó seis personas sobre la triste situación que España atraviesa y los remedios que, á fin de mejorarla ó resistirla, ofrecen



los prohombres de los partidos militantes en oraciones, artículos, programas y demás artefactos de la sanidad política al uso.

Optaban éstos por Fulánez; aquéllos por Mengánez; por Perengánez unos, por X.: otros y por Z.: los de más allá.—«¡No, no!—decía el paladín de X.:—¡No me hablen ustedes de Z.:! El hombre que hizo tal cosa en tal año y tal otra en tal otro, no puede salvar el país.»—«¡Lo salvará X.:!—exclamaba el propagandista de Z.:—¡Valiente apoyo para sostener el desvencijamiento patrio! ¿No se acuerda usted de su paso por la presidencia del Consejo en...? (Aquí la fecha.) ¡X.:! Antes el cólera.»—Lo mismo decía de Mengánez el defensor de Fulánez, y de Fulánez el de Perengánez, y de Perengánez el de Fulánez... Lo mismo decían, y lo malo era que á ninguno le faltaba razón. Cuál más, cuál menos, censuraba con justicia á sus adversarios, y las censuras no podían negarse; se trataba de sujetos que habían ejercido el poder, no una, veinte veces;

sujetos conocidos de atrás por sus actos, por sus teorías, por sus descabros... de PROHOMBRES, vamos. ¿Qué quiere decir PROHOMBRES? Pues de eso.

Oía la dueña de la casa en silencio tan encontrados pareceres, hasta que, aprovechando una pausa y sonriendo con malicia, exclamó:

«También tengo mis opiniones á propósito del asunto; opiniones de mujer, ¡claro!, y, por consiguiente, despreciables; pero, en fin, valgan por lo que valgan, allá van.»

Francamente, yo siempre estimé la opinión de las mujeres en mucho, y en más aún desde que, infiltrándose, como ahora parece ocurrir, el feminismo en los hombres, resulta lógico, por una ley de compensación, que se infiltre el masculino en las hembras. En consecuencia de este mi parecer, me dispuse á oír recogidamente el de aquella señora; al juicio imparcial de mis lectores lo someto:

«Más que una opinión—dijo—es un su-

*cedido* lo que van á escuchar ustedes. Respondo de su autenticidad.

»Tenía yo una amiga, mejor, una de esas ciento á quienes llamamos amigas porque visitamos su casa para murmurar de ellas, como ellas visitan la nuestra con el mismo objeto. Menos mal cuando estas amistades se llevan *de casa* un chisme que correr y no se llevan un afecto que destruir.

»Tenía yo una amiga—repito—la cual ocupaba, cuando la conocí, posición excelente, y á quien vaivenes de fortuna trajeron á un deplorable estado social y económico. ¡Pobrecilla!... ¡Pena daba mirarla y á compasión me indujeron multitud de veces sus desventuras!... Pero no es éste el caso.

»El caso es que á mi amiga le restaba de sus pasados esplendores una sola prenda, prenda riquísima en otras épocas, caricatura dolorosa de lo que fué en aquella á que me refero. Cuantas camisas (de mujer, naturalmente) he visto, no pueden competir con la de autos, ni en lo finísimo de la trama que

la componía, ni en lo primoroso de los bordados que la repujaban, ni en la finura de los encajes que se desbordaban por ella, ni en la riqueza de las cintas color de fuego que se ruborizaban sobre el descote que pudorosamente escondían. Era la predilecta de mi amiga; regalo de boda, lujoso trofeo del que no quiso desprenderse ni el día en que la ruina llamó á las puertas de su hogar con voz perentoria.

»No había manera de que abandonase aquella camisa. Cuando las necesidades del aseo le obligaban á quitársela, era para mi amiga cuestión de dos horas lavarla, plancharla y volvérsela á poner sobre el cuerpo. Su pobreza, resignada á perderlo todo, no se mostraba dispuesta á abandonar aquélla. Y, claro, en fuerza de lavarla, de codearla con el uso, que todo lo gasta y destruye, la trama de la camisa comenzó á aclarar, los bordados se fueron desfilachando poco á poco, los encajes haciéndose girones, las cintas perdiendo su vivo color y su brillante satinado.



Y mi amiga, en su terco empeño de que la camisa durara siempre, quitaba un encaje de este sitio para ponerlo en otro, replanchaba las cintas, tijereteaba en los bordados para rapar las deshilachaduras y zurcía la tela para esconder los aún imperceptibles rotos; perdía la mitad de su tiempo, que para otras cosas necesitaba, en esta faena, y hasta se erguía orgullosa en su lecho para contemplar su presea, reflejada por un espejo de mano, que hacía veces de tocador sobre la mesilla de noche.

»Mas ¡ay! que si su faena era cada día más larga, era también cada día más infructuosa. Llegó un momento en que la plancha no pudo convertir en cintas hilachos retorcidos, en que los bordados se convirtieron en líneas blancuzcas y deformes, los encajes en colgantes pingosos y la batista, harta de descubrir la trama con púdica miseria, se declaró girón insolente.

»No para adornarla, ni para cubrirla servía ya aquel lienzo podrido, debajo del cual

tiritaban en invierno, amaratándose al contacto del frío, las carnes de mi amiga.

»¡Ay, Dios mío, Dios mío!—exclamaba ésta una mañana en que fuí yo á verla, contemplando con angustia el pingo que tenía sobre las rodillas.—¡Cómo arreglarla!... ¿En qué forma colocar los encajes para que disimulen su vejez, y las cintas para que lo parezcan, y los remiendos para que no se noten? ¿Qué hago con ellos? ¿Qué hago!...—gritó dirigiéndose á mí.

»Mira—le dije;—que pongas los encajes donde están las cintas, y las cintas donde están los encajes; que remiendes así ó *asá*; que hagas lo que hagas, todo será inútil. Esa camisa está ya muy vieja; el uso la ha dejado fuera de combate. Se acabó. Tírala y cómprate otra. ¿No puede ser rica? Que sea nueva. ¿No puede ser de batista? Que sea de *retor*. La cuestión es que sea fuerte, porque el invierno es crudo.

»Pues bien, señores—añadió la autora de mi crónica;—los personajes á quienes uste-

des defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga: valieron mucho, tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

»Peor que la vieja no ha de ser.»



## S. M. EL HAMBRE.

Mientras nuestros marinos caen fusilados en Filipinas, maldiciendo al caer el nombre de quienes los llevaron sin defensa al combate, amarrándolos con cadenas de honor á cuatro barcos viejos, sobre cuyos cascos ha hecho á mansalva la escuadra *yankee* ejercicios de tiro; mientras el marqués de Cabriñana presenta en el Congreso una proposición para exigir responsabilidades á los ministros de la monarquía, proposición que ningún monárquico se atreve á suscribir, comprendiendo que la responsabilidad es de todos los representantes del sistema y que á



des defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga: valieron mucho, tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

»Peor que la vieja no ha de ser.»



## S. M. EL HAMBRE.

Mientras nuestros marinos caen fusilados en Filipinas, maldiciendo al caer el nombre de quienes los llevaron sin defensa al combate, amarrándolos con cadenas de honor á cuatro barcos viejos, sobre cuyos cascos ha hecho á mansalva la escuadra *yankee* ejercicios de tiro; mientras el marqués de Cabriñana presenta en el Congreso una proposición para exigir responsabilidades á los ministros de la monarquía, proposición que ningún monárquico se atreve á suscribir, comprendiendo que la responsabilidad es de todos los representantes del sistema y que á

todos *pro indiviso* corresponde; mientras se quiere adornar la catástrofe con laureles y satisfacer á los muertos con ditirambos y cubrir las culpas con el silencio; mientras esto ocurre, álzase enfrente de nosotros, despótico y terrible, con la boca abierta y los puños crispados, un dictador, á quien ni se satisface con laureles, ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios: S. M. el Hambre.

Ese caudillo trágico, que tiene la desesperación por guía y el calambre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército, no lo hay tampoco de que su ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente, buscando alimentos que esprimir, es un recluta; cada día en ayunas, un estimulante; cada basca angustiada, un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por el estómago, y si el corazón retrocede en sus entu-

siasmos, el estómago no retrocede en sus apetitos.

El entusiasmo puede extinguirse con la derrota, el hambre, no; el que pelea por la gloria, cuando es vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla, presenta otra más formidable.

S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico que las conduzca. Les grita, señalando á éste ú otro sitio: «Ahí está el pan que os hace falta»; y hacia allí embisten los hambrientos con el ímpetu ciego de la fiera que venta su presa, con la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer.

S. M. el Hambre acaba de presentarse en España desplegando al aire su terrible bandera; sus soldados de siempre acuden presurosos al llamamiento.

¿De dónde salen? De todas partes. De los campos, donde el trabajo falta y el acaparador monopoliza el fruto; de las fábricas, que



cierran sus puertas para recoger en silencio los últimos estertores de la industria; del fondo de las minas, empujados por la mano homicida del grisú; del taller que suspende sus construcciones; de la obra que paraliza su tarea; de los centros productores todos, porque esos centros productores que no pueden mantenerse á sí propios no pueden mantener á nadie. De ahí salen, y azuzados por el hambre que crisper sus nervios, y obscurece sus entendimientos y petrifica sus corazones, saquean los almacenes, incendian los edificios públicos, destrozan las vías de comunicación, provocan sangrientos conflictos, y aterran, porque amenazan, y compadecen, porque suplican, y residencian al miedo cuando piden sangre y á la justicia cuando piden pan.

¡Horrible y doloroso espectáculo el de esos hombres y esas mujeres que profieren en diversos puntos de España, á un tiempo, el mismo grito desesperado! ¡Horrible espectáculo el que ofrecen esas multitudes sin fre-

no; horrible espectáculo el que presenta nuestra escuadra destruída en Manila, nuestras colonias asiáticas indefensas, nuestros barcos de guerra yendo y viniendo como el alma de Garibay, nuestros Gobiernos sin saber qué hacer, y la opinión pública con una mordaza en la boca.

¡Horrible espectáculo, tristísimo espectáculo, perspectiva siniestra! El desastre fuera, la imprevisión en las alturas del poder, y el hambre enseñoreándose de España. Horrible espectáculo al que nos han traído, luego de manejar por espacio de veintitrés años las fuerzas, las energías y los recursos nacionales, los gobernantes españoles, esos gobernantes que ni se han preocupado de las reclamaciones del obrero, ni de los llamamientos de la industria, ni del empobrecimiento de la agricultura, ni de la defensa de las colonias, ni de los conflictos internacionales; que sólo se han ocupado en ir viviendo, en guerrear por la conquista del poder, y hoy recogen como resultante de su conducta una

industria muerta, y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; un grito de horror ahogándose entre olas de sangre en la bahía de Manila, y un grito de hambre repercutiendo fatídicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, que no impedirá que España entera combata hasta derramar la última gota de su sangre por la honra patria; pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha exprofeso para los momentos actuales:

«Un viento abrasado, que venía de lo alto, sopló sobre la tierra.»



## LA CORONA DE ZORRILLA.

No es para tanto. Que la corona de oro regalada al trovador de España esté en una casa de préstamo, ni es para verter *lágrimas de sangre*, ni para indignarse, ni para desempeñarla por suscripción pública.

¿Qué importa que la corona ande de *Ceca en Meca*? ¿Va á empequeñecerse la gloria de Zorrilla porque esa corona pase de manos de un usurero á las de alguien que la transforme en *pasta mineral catalana* que dicen los clásicos de las Peñuelas?... Ningún empleo mejor pudo darle Zorrilla que utilizarla en atender apremios de la existencia ó



industria muerta, y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; un grito de horror ahogándose entre olas de sangre en la bahía de Manila, y un grito de hambre repercutiendo fatídicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, que no impedirá que España entera combata hasta derramar la última gota de su sangre por la honra patria; pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha exprofeso para los momentos actuales:

«Un viento abrasado, que venía de lo alto, sopló sobre la tierra.»



## LA CORONA DE ZORRILLA.

No es para tanto. Que la corona de oro regalada al trovador de España esté en una casa de préstamo, ni es para verter *lágrimas de sangre*, ni para indignarse, ni para des-empañarla por suscripción pública.

¿Qué importa que la corona ande de *Ceca en Meca*? ¿Va á empequeñecerse la gloria de Zorrilla porque esa corona pase de manos de un usurero á las de alguien que la transforme en *pasta mineral catalana* que dicen los clásicos de las Peñuelas?... Ningún empleo mejor pudo darle Zorrilla que utilizarla en atender apremios de la existencia ó

en darse un gusto, si sólo por darse un gusto la empeñó. Por algo es de oro la corona; porque es de oro la tomó el prestamista y la empeñó el poeta. ¿No se vende la gloria hecha líneas para vivir? Pues lógico es que se empeñe la gloria hecha metal, para comer, para divertirse ó para lo que al glorificado se le antoje. Si las coronas no sirvieran para eso ¿para qué servirían?

Es más, yo creo que los que regalan coronas de metales preciosos, lo hacen con tal idea, con la idea de que el agasajado la traduzca cuando lo desee en dinero. Feliz previsión, sin la cual, tendrían los *gloriosos* que comerse las ediciones de sus libros á falta de otros manjares más digeribles.

¡Ah, las coronas!... Yo tuve una de plata, con botoncitos de oro y dos cintas de vara y media en las que se me llamaba eminente (creo que era eminente), y tuve una casa y un casero y no tuve dinero para satisfacer el recibo... Lo traía el casero en persona... Entramos juntos en mi despacho. No tengo di-

nero—le dije.—Pues si no me paga usted, le pongo los trastos en la calle—respondió el propietario del inmueble.—¡Hombre, espere usted unos días!—le interrumpí yo.—Hombre, no espero, me interrumpió él.—¡Pero si no tengo!... ¡Si hubiera algo de que echar mano!...—¿Y esa coronita?—repuso el hombre del recibo.—Me parece que bien le darán á usted por ella los doce duros que vale el alquiler del cuarto. Empeñela usted. Bien venidos los bienes que de apuros nos sacan!

¡Tiene razón!—pensé yo.—Y sin lágrimas en los ojos, sin cursilerías de ninguna especie, descolgué la corona y la llevé á una casa de préstamos. Las cintas me las devolvieron. El *eminente*, no valía un ochavo.

Granada en testimonio de entusiasmo por su inmortal cantor entregó á Zorrilla una corona de oro. ¿Que esa corona va á ponerse á la venta? ¿Que acaso y sin acaso dejará el oficio de corona por otro más común y de mejor salida en las tiendas de alhajas? ¿Y qué



se ha perdido con eso? Nada. Los granadinos seguirán admirando á Zorrilla y Zorrilla siendo un gran hombre. Aparte de que muerto él, la corona no tiene uso. ¿Se la iba á poner algún pariente del insigne cantor, para recibir las visitas?... ¡Pues entonces!... Que la venda el prestamista cuando le dé la gana. Lo que ha de vivir de Zorrilla, no se cotiza afortunadamente en las casas de préstamos. Su obra y su nombre; no precisan, para ser admirados, reverenciados y eternizados, de cintajos encomiásticos y de laureles pignorables.

No hay motivo para afligirse por la suerte de la corona; no lo hay tampoco para censurar al poeta como hacen algunos caballeros.

Aparte de que esto de las coronas anda de capa caída... Ni las de los reyes están seguras en estos tiempos... Unos las empeñan; otros las dejan y á otros se las hacen dejar á trastazos.

Sólo que un rey que empeña la corona es

un pillo; un rey que la deja un pobre hombre y un rey á quien se la quitan, un personaje para Alfonso Daudet. A esto se reduce un monarca cuando se queda sin el *artefacto*.

Los poetas, no. Para ser grandes y respetados, no les hace falta ostentar en la mesita de su despacho una corona de oro. Los poetas son grandes por sí mismos. No necesitan accidentes áureos para parecerlo.

Además que siempre les queda una corona que llevar.

La de espinas.

La envidia tiene fábrica permanente de ellas.





## LA VÍSPERA DEL DUELO.

---

—Es mañana. A muerte—dicen los padrinos.—Se ha negado á dar explicaciones; persiste en su actitud. Hemos tenido que llegar á la última y lamentable solución. ¿Qué le parece á usted?

—Que han hecho ustedes lo que debían. Hasta mañana, señores.  
Ni se habla más, ni se debe hablar más tampoco.

Las vacilaciones desaparecen; las dudas quedan resueltas de una vez. Se coge al miedo, no al miedo, al instinto de conservación; por el cogote, y se le grita, apretándole fuer-



te: «¡A ver si te callas! No siempre has de ser el amo tú.»

Es triste, muy triste, que el derecho á vivir, que es algo, y el respeto á la razón, que debe serlo todo, se resuelvan en última instancia con un arma por defensor y el azar por supremo juez. Pero ¡qué remedio! Así lo quiere el otro. Cargue con la muerte el que le toque, y con la responsabilidad quien, merced á sus insultos, provocó el conflicto, y, gracias á su obstinación, hace inevitable la catástrofe.

Esta es la reflexión primera del hombre que pide reparación de un ultraje y no la halla.

Luego, cuando el hombre se queda solo, cuando el impulsivo arranque del honor ofendido contesta, llega otro momento de meditación honda; un monólogo sombrío y hermoso: la conciencia se convierte en interrogante, y pregunta, no ¿vas á morir?, sino ¿tienes razón para morir?

—Mira—contesta el Yo interrogado al Yo

interrogante:—ese hombre me ofendió, me abofeteó, me insultó en mis más queridos afectos. Yo le pedí explicaciones, reparaciones. ¡Nada!... No pude obtener nada. Tú conoces los hechos uno á uno; sabes hasta qué extremo llegó mi calma, hasta qué punto traté de rehuir por medios honrosos el encuentro... No por requerimientos del temor; por sollicitaciones de la prudencia, llegué casi á rebasar los límites de mi decoro... Todo inútil. Mi contrario se obstina. Guárdate el bofetón ó pelea—me dice.—¿Qué hago?

—Mata ó muere—contesta la conciencia.

Y como la conciencia no tiene carne que tiemble, luego de pronunciar su fallo se queda tranquila.

El hombre no; el hombre aún no queda tranquilo. Frente á la imagen de su deber, francamente dibujada por su conciencia, se alzan las imágenes terribles de su carne herida y ensangrentada, de sus hijos sin amparo, de su bienestar perdido, de su existencia



volcada en la tumba... Es éste un instante terrible... Hasta se es cobarde. Por un segundo asoman á los ojos las lágrimas... Pero esas lágrimas, al resbalar por los ojos, escuecen. Son una bofetada líquida que se dé uno á sí propio... ¿Llorar? ¿Temer? No. Que llore, que tema el infame provocador de la lucha brutal; no quien, provocado, va á ella contra su voluntad, pero con la decisión firme de volver triunfante ú honrado.

¡Fuera, fuera lágrimas! ¡Fuera, fuera debilidades! Al combate. Si muero, que me lloren; si mato, que me respeten.

Y después de esto, el hombre se duerme tranquilo.

Le matan; ¿qué importa?... ¿Triunfa?... Mejor. En esas circunstancias la muerte no es deshonra; y el triunfo no es triunfo, es una apoteosis, la más santa: la de la justicia.

En cambio, ¿qué día tan horrible debe ser el de la víspera del duelo para el provocador! Sin razón ha insultado á un hombre; sin compasión le ha abofeteado, le ha nega-

do sin tregua reparaciones y respetos. Dándole á escoger entre su deshonra y su muerte, obligale á empuñar un arma, y esa arma estará mañana enfrente de él, del ofensor, del desrazonable, del bravo de oficio, pidiéndole respuesta sangrienta del ultraje inferido; no pidiéndola, exigiéndola con la vida del miserable que le obliga á jugar la suya.

Si el provocador muere, nadie llorará su muerte, él se la ha buscado; si mata, todos se apartarán de él con asco. ¿Quién puede aplaudir su buena ventura? Cuatro miserables como él, cuatro cobardes cortesanos del éxito. Semejante premio no vale la vida de un hombre de bien.

¡Qué á gusto muere el que muere por la razón, y, ya que no con gusto, con qué satisfacción de conciencia mata el que mata por defender su derecho!

¡Qué desesperado morirá el que muere por justificar un atropello! ¡Qué remordimientos debe sentir el que causa la muerte



de un sér humano por satisfacer alardes basados en ambiciones de ladrón!

Muerto, le seguirá el desprecio; matador, el *anathema* de las gentes honradas.

En vísperas de un duelo está España.

Duelo al que va contra su voluntad, contra su deseo; obligada, arrastrada. Después de hacer su examen de conciencia, debe estar tranquila.

Durmamos hasta el sábado.

Si sucumbimos, acompañará á nuestra derrota el respeto de la humanidad.

Si vencemos, la admiración de la historia.

Al encuentro, pues.

El que lucha por la razón, triunfa en definitiva.



## LOS HÉROES DEL DÍA.

Son dos. Uno está allí, en la Habana, en ese pedazo de tierra española hoy *víctima* de un bloqueo bufo, al que acaba de poner música el capitán del *Montserrat*, con un *trágala* á toda orquesta; el otro anda por las calles de Madrid, ignorado, desconocido; su acción ha hecho palpitar todos los corazones, su nombre no ha podido grabarse en ninguna memoria; ni lo dijo, ni se lo preguntaron. El héroe de allí es un millonario y se llama Argüelles; el de aquí, es una pobre viuda y se llama MADRE.

El primero ha dicho á Blanco: «Ahí van

de un sér humano por satisfacer alardes basados en ambiciones de ladrón!

Muerto, le seguirá el desprecio; matador, el *anathema* de las gentes honradas.

En vísperas de un duelo está España.

Duelo al que va contra su voluntad, contra su deseo; obligada, arrastrada. Después de hacer su examen de conciencia, debe estar tranquila.

Durmamos hasta el sábado.

Si sucumbimos, acompañará á nuestra derrota el respeto de la humanidad.

Si vencemos, la admiración de la historia.

Al encuentro, pues.

El que lucha por la razón, triunfa en definitiva.



## LOS HÉROES DEL DÍA.

Son dos. Uno está allí, en la Habana, en ese pedazo de tierra española hoy *víctima* de un bloqueo bufo, al que acaba de poner música el capitán del *Montserrat*, con un *trágala* á toda orquesta; el otro anda por las calles de Madrid, ignorado, desconocido; su acción ha hecho palpar todos los corazones, su nombre no ha podido grabarse en ninguna memoria; ni lo dijo, ni se lo preguntaron. El héroe de allí es un millonario y se llama Argüelles; el de aquí, es una pobre viuda y se llama MADRE.

El primero ha dicho á Blanco: «Ahí van



dos millones de duros para lo que haga falta. Gástelos V. E., general» La segunda ha exclamado ante el coronel de la zona correspondiente: «Yo quería librar á un hijo... ¿Qué dice usted? ¿Que hay guerra con otros? Pues, entonces, nada; que vaya; y si lo matan, que lo maten. Para algo ha nacido mi hijo en España; para dar su sangre por ella.»

El millonario ha enviado su oro á la capitania general de la Habana. La viuda ha mandado á su hijo al cuartel.

La simple noticia de estos hechos, referida por los periódicos, entusiasma. Cuando recorremos con los ojos el párrafo donde la noticia se encierra, sustituimos la palabra lectura con la palabra admiración; y cuanto más se reflexiona en esos hechos, cuanto más se relee el acto por ambos seres realizado, más grandes resultan ellos y más sublime su sacrificio.

Entregar la vida propia no es nada; lo hace cualquiera, muchas veces sin necesidad,

por gusto, en un pique de amor propio, en un imbécil alarde de matonería, por darle gusto á una *ella*, ó por no ser menos que un *él*. Pero entregar la vida de un hijo, cuando puede redimírsele con un puñado de pesetas; vaciar la bolsa cuando pueden apretársela los cordones, es, llegar á lo extraordinario, dentro de lo heroico; es vencer los dos mayores egoísmos que existen: el de la matriz y el del arca; es hacer insensible á la maternidad y sensible al billete de Banco; es realizar en nombre de la patria dos operaciones quirúrgicas estupendas: Quitar el corazón á una madre y dar corazón á una caja de valores.

Eso es lo que han hecho Argüelles en la Habana, y la viuda sublime, cuyo nombre desconocemos, en Madrid.

Sería cosa de sorprenderse si en España lo extraordinario no resultase natural, si no fuera condición de nuestra raza llevar en estos casos de honra la generosidad hasta el despilfarro y el sacrificio hasta el martirio.



Pero si no sorpresa, sí que producen admiración grande estos arranques de patriotismo, hechos sin alarde de ninguna especie, con franca y sublime sencillez.

El Argüelles de los diez millones de pesetas llegó á Cuba sin una. En fuerza de trabajos, de empresas, de combinaciones mercantiles más ó menos arriesgadas, de explotaciones que desconozco, pudo realizar lo que para muchos hombres, para los hombres de negocios principalmente, significa la dicha suprema: un gran capital. El oro, los caudales, las enormes riquezas con que soñara durante su travesía por el Océano, con que siguió soñando al poner el pie en Cuba, se convirtieron con los años en realidad cotizable. Argüelles, triunfador en los combates por el dinero, sacó de su victoria un cuantioso botín.

La aspiración de su vida se encontraba satisfecha con creces: era rico. No tenía por qué preocuparse.

Sus fiebres, sus vigiliias, sus temores, sus

ambiciones, las sacudidas de sus nervios y las inquietudes de su espíritu, veíanse al fin recompensados. El producto de su trabajo y el del ajeno se habían transformado en capital. Era rico, y la riqueza estaba al alcance de su mano convertida en montones de oro que rebasaban las esportillas de pleita, en talegos de plata que se alineaban contra las paredes de su cueva, en fajos de billetes prensados entre los estantes de la caja, en papel del Estado, en acciones de minas y ferrocarriles, en escrituras de propiedad...

No había temor de que se bamboleara el edificio. Era firme, con el cimientó hondo y los muros macizos.

Logrado su objeto, á Argüelles sólo le restaba una tarea. Comerse su dinero en paz. Dar á su vejez el reposo de que le privara la fiebre de oro que le atacó en su juventud.

Y, sin embargo, al contemplar la patria en peligro, ese viejo capitalista abre su caja;



el egoísmo del negociante se encoge; el capital se humaniza; el oro se conmueve, y su dueño, cogiendo no uno, no dos, diez millones de pesetas, exclama: «¡Ahí van, general! Disponga usted de ellos. Lo que el negociante acaparó en treinta años de lucha, lo ofrece en una hora de patriotismo; lo que adquirí para dorar mi vida, lo entrego para salvar á España... A otra cosa.»

Es la única vez que el capital me ha sido simpático. Bien es cierto que se ha vestido de patriota.

Y si el rasgo de Argüelles es grandioso, ¿qué calificativo merece el rasgo de la madre desconocida, que pudiendo redimir á su hijo, lo manda al combate?...

El hijo, la entraña convertida en hombre, el placer hecho carne, la resultante de dos vidas que se yuxtaponen para producir una vida nueva, *eso* que la madre quiere más que á todo, por encima de todo; el retoño fuerte, la esperanza de la vejez, el amor, el apoyo, el consuelo; y *eso* puede morir en los

horrores de la pelea, puede ir al combate y no volver. La madre, la viuda, puede encontrarse sola, sin amor, sin amparo, sin unos labios que besen su cabellera cana, sin un brazo robusto que sostenga su cuerpo tembloroso hasta las puertas del cementerio. A esa madre le es fácil redimir á su hijo, tenerlo á su lado, conservarlo para ella... Y esa madre sabe que el extranjero nos ultraja, que la patria necesita hombres, que la honra española está sedienta de desquite y grita con acento que parece brotar de la tierra profanada de Esparta: «No; no lo redimo; que vaya y que cumpla con su deber.»

¡Que acciones tan hermosas!

Mejor aún: ¡Qué ejemplo!...

Argüelles se lo da á los capitalistas de España; la viuda sin nombre á todas las madres españolas.

—¡Dad vuestro dinero!—grita el uno.

—¡No detengáis á vuestros hijos, alentadlos!—exclama la otra.

Hermoso ejemplo que todos deben seguir; no en balde es rojo y amarillo el color de nuestra bandera; rojo y amarillo, emblema, mejor que emblema, símbolo, de lo que hoy exige la patria. Oro y sangre.

Y oro y sangre hay que dar para que los colores de la bandera se conserven sin mancha.

Para conservar el color rojo no se regateará la sangre.

¿Seguirán los capitalistas españoles el ejemplo de Argüelles, para conservar el color amarillo?



## CAMPOAMOR.

*El gran anciano*, llaman los ingleses á Gladstone. A semejanza del insigne político, es Campoamor el gran anciano de la lírica española contemporánea.

Ninguno de los poetas vivos le iguala en grandeza, en verdad «verdadera», en sentimiento «sentido», en sacar por los puntos de la pluma, sin oropeles lingüísticos, sin frases rimbombantes, sin zarandajas de guardarropía, el jugo de su cerebro y los latidos de su corazón. Sus ideas caen sobre el papel, para que el público las goce, como las mujeres hermosas y honradas en el lecho para



Hermoso ejemplo que todos deben seguir; no en balde es rojo y amarillo el color de nuestra bandera; rojo y amarillo, emblema, mejor que emblema, símbolo, de lo que hoy exige la patria. Oro y sangre.

Y oro y sangre hay que dar para que los colores de la bandera se conserven sin mancha.

Para conservar el color rojo no se regateará la sangre.

¿Seguirán los capitalistas españoles el ejemplo de Argüelles, para conservar el color amarillo?



## CAMPOAMOR.

*El gran anciano*, llaman los ingleses á Gladstone. A semejanza del insigne político, es Campoamor el gran anciano de la lírica española contemporánea.

Ninguno de los poetas vivos le iguala en grandeza, en verdad «verdadera», en sentimiento «sentido», en sacar por los puntos de la pluma, sin oropeles lingüísticos, sin frases rimbombantes, sin zarandajas de guardarropía, el jugo de su cerebro y los latidos de su corazón. Sus ideas caen sobre el papel, para que el público las goce, como las mujeres hermosas y honradas en el lecho para

que las disfrute su amante, desnudas, sin más atavíos que los naturales; sin cuidarse de querer gustar; como las sorprende el deseo. La prostituta pone perifollos á su cuerpo en rifa, porque el lujo de los arreos hace subir el precio en la ganadería femenina, como en la caballar; la mujer enamorada, la que se entrega sin otra ambición que la de poseer y ser poseída, no se prepara, porque no puede prepararse, porque no sabe á punto fijo cuándo «va á ser.»

Esto le pasa á la musa de Campoamor; anda por el mundo del arte sin que le acompañe la retórica como una alcahueta, que á falta de bellezas substantivas, adjetiva la carne del común con todo linaje de decoraciones.

No pertenece Campoamor ¡qué va á pertenecer! al gremio de los alambicadores del párrafo, de los lamedores de la forma, de los estilitas *purísimos* que ahora se usan, y que pasan el tiempo preocupados con que su prosa no tenga dos proposiciones iguales, ni

tres conjunciones seguidas, ni cuatro asonancias en veinte líneas, y sin ocuparse para nada en echar dentro de esas líneas ideas grandes, conceptos nuevos, sentimientos hondos... arte de alma y de pensamientos. Los constructores de jaulas doradas para grillos literarios, no tienen con Campoamor ningún parentesco.

El lenguaje de Campoamor no lleva más que un fin, conmover los sentimientos del público, meterle en el cráneo las ideas del poeta; no halagarle, herirle; no entretenerle, dominarle. Su estilo no es el estilo empalagoso y acariciador del parásito, es el estilo preciso y vibrante del amo. No pule sus frases para que adulen el oído con vulgares cortesánías rítmicas, las acera para que agarran bien y no suelten la presa después de agarrada. El león no afila sus uñas en cortinajes de seda, ni se lustra mimosamente la piel, ni suaviza con hipocresía el maullido. Eso está bien para los gatos. El león fortalece sus garras en la dura superficie de un



peñasco, y sacude la melena revuelta y rugé, con ésto le basta. Su fuerza y su poderío están en ser león. ¿Para qué necesita más? El que puede desgarrar, no araña.

Eso le pasa á Campoamor. En sus dolencias, en sus poemas, en sus humoradas, se ve, no precisamente el desprecio á la forma, el propósito de que la forma sea auxiliar y la idea señor. Por esto su obra es grande y quedará. Los creadores se engrandecen con el tiempo, los pulimentadores se achican; Balzac, es hoy una estrella; Chateaubriand, un velón de cobre bruñido á mano.

Tal es el temperamento artístico del gran poeta contemporáneo, y en virtud de ese temperamento, Campoamor, el viejo venerable, el anciano de cabello y patillas blancas, el hombre que ha cumplido los 80 años de su edad es el poeta español más joven de todos.

Ha saboreado su tiempo; ha sentido en su espíritu el choque de los ideales modernos; las dudas, las esperanzas, las sublimidades y las pequeñeces de su época han vivido

en él y se transparentan en su obra... De ahí que Campoamor, que es un gran talento, sea un gran revolucionario.

Humorista, toma en broma á Dios, al Dios que disfruta en el mundo cristiano la confianza de la corona, y en fuerza de hacernos reir con la preocupación de ciertas gentes que hacen intervenir á su Dios en una porción de majaderías, nos hace reir del Dios que, gracias á esas gentes, vive; organismo apasionado y vibrante, justifica la existencia de pasiones que se sobreponen á todos los vínculos religiosos, sociales y legales; nos da á entender que malas leyes, mala sociedad y mala religión son las fundadoras de vínculos que no han tenido en cuenta, al fundarse, ni el alcance de las pasiones humanas, ni las exigencias imperiosas de la realidad... y haciéndonos ver que semejantes leyes son inútiles, nos ha hecho pensar en que debían suprimirse.

Y así en todo. Este gran demoledor, este revolucionario, que demuele sin martilleo

progresista, que llega á los mayores atrevimientos sociales sin quintanismos cursis, ha bendecido, ha proclamado, ha sustentado en sus versos, en sus poemas, todos los anhelos y todas las esperanzas de la juventud pensadora y honrada. Él, á quien llaman el poeta escéptico, ha hecho por el porvenir tanto como, á poder hacerlo, hubiese hecho en su contra Núñez de Arce, el llamado poeta de la libertad, sin duda porque ha sido ministro de Ultramar con Sagasta.

Mientras el autor de *Gritos del Combate* maldice á Voltaire, á la Revolución, á todo lo nuevo, á cuanto innovaciones, progresos y reivindicaciones humanas significa, el autor de *Poemas y Doloras* abofetea con la mano de Diógenes á los Césares; se burla, con el gesto de una vieja gruñona, de los tiranos; reniega con Ginés de las desdichas del miserable y de las resignaciones fundadas en premios celestes; excusa las insurrecciones del estómago con su «Ley del hambre...» ¿A qué seguir?... ¿No es la teoría transformista, la

doctrina revolucionaria por excelencia, no echa por tierra religiones positivas, herencias ridículas, desigualdades absurdas..., todos los cimientos sobre que descansa esta sociedad moribunda?, pues oid cómo proclama esa doctrina Campoamor. Oid al poeta, porque vale la pena de oírle.

Oigámosle:

«Aunque en forma variada halló en esencia  
los mismos hechos y los mismos seres  
pues siempre, como ley de la existencia,  
se suceden las cosas á las cosas.

Las flores crían granos,  
los granos van á rosas,  
las larvas se convierten en gusanos,  
los gusanos se vuelven mariposas...

Y así, cambiando en odio los amores,  
haciendo vida nueva de las viejas,  
las abejas se comen á las flores,  
los pájaros después á las abejas...

Y así, incesantemente,  
en perdurable rueda,  
va siendo todo igual y es diferente  
y todo va pasando y todo queda



Sí; Campoamor es el poeta de la «juventud joven»; en sus obras palpitan las dudas, los recelos, las desconfianzas, los escepticismos (pasajeros) de la generación presente; pero en su obra, como en esta generación, palpita el germen de todos los ideales, de todas las energías, de todos los combates supremos á cuyo término se descubre un horizonte ancho, sin impurezas y sin límites...



## DRAMAS MODERNOS.

Drama moderno; drama social, drama de corazón y de alma, de pasiones fatales, de deberes combatidos; drama en el que tropezamos con la lucha humana, la lucha del mal y el bien en la vida real; el cuadro sangriento de un rincón de la sociedad moderna presentado enfrente de nosotros; Hé aquí *Los malos pastores*, la obra de Mirbeau; estrenada en la Renaissance.

¡Poseedores y desheredados!... Todo está ahí; porque esos dos nombres abrazan y sintetizan la abominable desigualdad de las condiciones sociales.

(*L'Intrantigent.*)

Sí; Campoamor es el poeta de la «juventud joven»; en sus obras palpitan las dudas, los recelos, las desconfianzas, los escepticismos (pasajeros) de la generación presente; pero en su obra, como en esta generación, palpita el germen de todos los ideales, de todas las energías, de todos los combates supremos á cuyo término se descubre un horizonte ancho, sin impurezas y sin límites...



## DRAMAS MODERNOS.

Drama moderno; drama social, drama de corazón y de alma, de pasiones fatales, de deberes combatidos; drama en el que tropezamos con la lucha humana, la lucha del mal y el bien en la vida real; el cuadro sangriento de un rincón de la sociedad moderna presentado enfrente de nosotros; Hé aquí *Los malos pastores*, la obra de Mirbeau; estrenada en la Renaissance.

¡Poseedores y desheredados!... Todo está ahí; porque esos dos nombres abrazan y sintetizan la abominable desigualdad de las condiciones sociales.

(*L'Intrant.*)



¡Poseedores y desheredados!... Este es el drama, el terrible drama, no de Octavio Mirbeau, de nuestra humanidad, de la humanidad que ahora vive partida en dos porciones que se contemplan cerrando los puños; drama gigantesco, cuya catástrofe va á tener á dos siglos por espectadores, á dos hijos del Tiempo que se dirán adiós sobre un charco de sangre: el siglo xix y el siglo xx.

El autor de *Los malos pastores* ha llevado al teatro una escena de esa tragedia humana; ha escogido un momento de la batalla, de la pelea entre explotados y explotadores y le ha dicho al público: «Ahí está»... Parece que el público, el noble público burgués, ha silbado la obra. Aquellos obreros que piden pan, no con la mano extendida como los mendigos, con la mano alzada como los vengadores, han revuelto la bilis burguesa, el odio burgués, el egoísmo rencoroso de las panzas hartas y las tales han dado una grito, al literato insigne, al pensador valiente, al revolu-

cionario de la pluma que se llama Octavio Mirbeau.

—¡Ah!—se dirían los espectadores, turbados en su digestión por aquel alegato del hambre—¿con que este Mirbeau trae á escena la represalia del porvenir, esa represalia que germina con potente germinación en los talleres, en los campos, en las calles; en las ciudades y en las aldeas; en el subsuelo de las minas y en el subcielo de los sotabancos? ¿Con que la trae aquí, delante de nosotros, para abofetarnos con ella, para darnos dos puntapiés de prevención en el cerebro, para gritarnos: «¡No comáis tanto, porque os van á hacer vomitar lo engullido, pegándoos un puñetazo en el estómago!» ¿Con que afirma, con *dramatizaciones* del conflicto social, que esos miserables llevan razón? ¿que nosotros, ¡NOSOTROS!.. somos unos infames?... ¿Con que se atreve á tanto?... Pero, ¿qué se ha creído este... artista? ¿Que porque tiene talento vamos á aguantarle sus lirismos *perturbadores*? ¡De ningún



modo!... ¡No faltaba más! ¡Duro con él!... ¡Toma, por socialista! ¡Anathema! ¡Anathema!...—Y todos juntos, haciendo de la boca silbato y de los bastones argumento crítico han hundido la obra.

¡Y han hecho bien!... ¡Qué se figuraba Mirbeau! ¿Que iban á aplaudirle?... ¡Sería el primer ladrón que no se ofende cuando se lo llaman!... Mirbeau es un tonto... ¡Se le está muy bien empleado! ¡Ha arremetido contra los burgueses y los burgueses se han dado el gusto de silbarle! ¿No comprendió Mirbeau que él sería también otro *desheredado* en la Renaissance? Allí toda la fuerza era del enemigo y el enemigo ha destrozado con sus silbidos al obrero del pensamiento que pedía justicia, como destrozó con sus fusiles al obrero del músculo que pide pan.

Mirbeau ha sido vencido en el teatro por tratar de imponer sus ansias de reivindicaciones sociales, como son vencidos en la calle los obreros que quieren imponer su derecho á vivir: á trastazo limpio! Ha sido

vencido porque era el menos fuerte... ¡Tal vez cayó su obra porque le faltaba para imponerse, no arte, algo, que yo llamaría musculatura escénica; también cae el obrero, derrotado en medio del arroyo, no porque le falta justicia, sino porque le falta poder!...

De todas maneras, ¿qué importa la caída de Mirbeau si como artista le engrandece y como hombre le glorifica? ¿qué importa la caída, si sobre ella se levanta un autor de genio? ¿qué importa la herida, si por su boca asoma una conciencia honrada?...

Los burgueses han triunfado en el teatro; los burgueses triunfan también en la vida real. ¿Y qué? Todas las grandes insurrecciones comienzan con derrotas. Nacen entre sangre, crecen entre martirios y se fortalecen con el desastre. Ley es esta inmutable en el progreso del arte y en los avances de la humanidad hacia el bien. Hoy los artistas, hartos de convencionalismos ridículos, buscan en la realidad sus inspiraciones, como busca la humanidad, harta de violencias ini-



cuas, su desquite en la revolución. La sangre de los obreros fusilados cuando en defensa de sus derechos se insurreccionan, es contribución necesaria para el triunfo social; la caída de los innovadores en literatura, lo es también para el triunfo artístico... Con caídas como la de Mirbeau hacen los hombres de genio el pedestal de sus estatuas; con montones de obreros muertos, se hace el pedestal del porvenir.

Así tiene que ser; así es.

Deje Mirbeau que silben los burgueses su drama; ya aplaudirán.

Dejen los obreros, los explotados, que traten de matar á silbidos de bala el drama gigante, el inmenso drama social á cuya representación asistimos.

Estamos en las primeras escenas... Aguardemos al final de la obra. Aguardemos el desenlace. Aguardemos el momento en que, no un grupo de obreros, de desheredados, de infelices y de miserables se dejen matar en el rincón de una calle cualquiera, sino

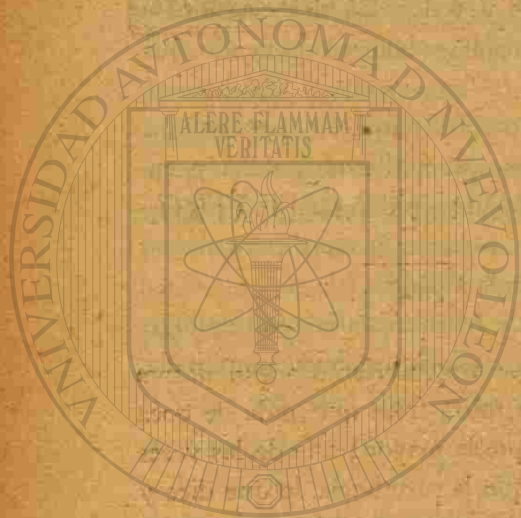
aquel otro en que todos los obreros y todos los miserables y todos los desheredados y todos los infelices, avancen pidiendo justicia!...

Aguardemos el instante en que los hijos de los muertos, que pidieron justicia y encontraron venganza, pidan con el *Vengador* de *Los malos postores*, justicia para ellos y venganza para sus padres.

Al drama de Mirbeau le falta el epílogo.

Y al otro... al de la humanidad explotada, también.





## LA VERDAD EN EL TEATRO.

---

Es una frase muy corriente la que motiva estos párrafos míos; frase que anda de boca en boca, sin que la mayor parte de las veces sepa la boca que la pronuncia lo que dice y lo que habla. En muchas ocasiones se me ha entrado por los oídos á la salida de un teatro; no pocas se la han echado en cara á un autor desde las columnas de los periódicos, como lanzan los obispos desde sus diócesis el *anathema sit*.

«Ciertos asuntos no deben llevarse al teatro.» Hé aquí la frase condenatoria adicionada á las siguientes ó parecidas considera-



ciones: «La gente nueva, los autores nuevos no guardan al público respetos de ninguna especie.» «La inmoralidad se ha enseñoreado de la escena.» «El teatro no puede convertirse en un centro de corrupción; no debe tomarse como sitio hábil para reflejar llagas sociales, pasiones vergonzosas; ciertas cosas no son para dichas y mucho menos para representadas en público. Bien se está la verdad en casa; que la dejen allí...» Y por ese estilo multitud de censuras, de afirmaciones, de protestas que me ponen de punta los nervios y me han hecho exclamar con asombro y con rabia, después de oirlas: Pero ¿qué desean estos señores? ¿De dónde vamos á sacar los dramas nosotros? ¿De la vida real que ante nuestros ojos palpita, ó de una vida imaginaria cortada á patrón, sentida á capricho de pudibundos cursis y falseada en beneficio de cuatro mozueltas insubstanciales y de una docena de caballeros bien alimentados?

Del mal el menos si tales disparates sa-

liesen de labios desprovistos de autoridad, y que por carecer de ella no encontrarían más eco que el suyo; pero es lo triste que lo mismo dicen y repiten otras personas que, si no por su propio mérito, por el que les concede la tribuna donde alzan la voz, llegan hasta la opinión con sus juicios.

Y ¿qué ocurre? Que la gente, la masa general del público, falta de tiempo para discutir por cuenta propia en materias de arte, se conforma con el parecer de los *peritos*; toma por bueno lo que ellos le dan, y éstos porque piensan á zurdas, aquéllos porque no quieren detenerse á pensar un poco, declaran que no son la verdad y la Naturaleza los modelos en que debe inspirarse el artista; despiden á la humanidad del teatro (que tanto como despedirla vale pedirla mutilada, con una máscara hipócrita para sus vicios y un cristal de aumento para sus virtudes); vocean, protestan, desátanse en censuras agrias, en terribles indignaciones cuando la vida se les ofrece desde un escenario; tachan



á los autores nuevos de inmorales, de atrevidos, de revolucionarios insolentes, y hoy que la realidad y la verdad y la Naturaleza han tomado carta de posesión en las diversas manifestaciones del arte, en la novela, en el cuadro, en la estatua, se las quiere arrojar del teatro en nombre de no sé qué respetos fantásticos, y se les dice: «Este es vuestro límite; aquí no entraréis nunca.»

¡Que no entrarán!... Han entrado ya; hace mucho tiempo, mucho; la primera vez que entró en el teatro un hombre de genio. No hay artista, digno de tal nombre, que no se apoye en la verdad y en la Naturaleza para producir obras; que no busque en ella el modelo de sus concepciones, la matriz donde tomen nervios y sangre y carne los hijos de su inteligencia, los frutos de su imaginación.

Risa da oír á quienes llaman revolucionarios á los autores nuevos. ¡Revolucionarios!... ¡Tiene gracia!... ¡Tanta como la tienen los que hablan de *romper moldes!*

¡Como no rompan la Naturaleza, molde eterno del arte, los que en tales roturas se ocupan, no sé lo que van á romper! Estaba en lo firme Fernanflor cuando desde las columnas de *El Liberal*, al término del precioso artículo que sirvió de prólogo á estas Crónicas, nos decía: «*Lo que nace no nace... vuelve.*»

Por eso vuelve la verdad al teatro; la verdad, que durante algún tiempo ha permanecido fuera de él, ó, mejor dicho, ha entrado en él de mala manera, dislocada por la neurosis de los románticos, que solamente lograron deformarla al pretender engrandecerla, ó empequeñecida por la impotencia, por la anemia intelectual y moral de cuatro literatos chirles, que han querido hacer del teatro antesala de las sacristías y espejo complaciente en que puedan mirarse sin sobresalto las conciencias hipócritas... Vuelve la verdad al teatro, y vuelve empujada por la juventud que la ha visto surgir resplandeciente, poderosa, en las obras dramáticas de



los grandes maestros españoles. Vuelve con esa juventud entre cuyas filas me cuento, aunque me cuento el último; con esa juventud que no quiere romper moldes, que se ríe de los que tratan de romperlos, que sabe que el teatro, el teatro bueno se entiende, será siempre el mismo en su esencia: acción, pasión, caracteres; pero acción verdad, caracteres verdad, pasiones verdad. Esto es lo que pide la juventud, pide lo que ha visto, lo que ha aprendido en esa *Celestina* inmortal, gloria de nuestro arte y arranque de nuestra literatura dramática; lo que ha visto luego en casi todos los dramaturgos del siglo de oro; lo que ha visto después más cerca de nosotros en los dos únicos autores que supieron resistir la avalancha romántica de un lado y de otro las emanaciones pantanosas de la dramática sensible y honradita: Ayala y Tamayo; lo que encontró siempre que se detuvo ante una obra hermosa: en Shakespeare como en Calderón, en Calderón como en Lope, en Lope como en Tirso, como en

Rojas, como en Alarcón y en Moreto; en el *Drama nuevo* como en *Consuelo*, asuntos humanos, pasiones humanas, caracteres humanos. Verdad.

La juventud no pide nada nuevo; pide que vuelva lo que se ha ido.

Prueba de ello, del engaño en que vive el público, más que por culpa suya por la de quienes á sabiendas (hay que presumir que sea á sabiendas) le engañan, es lo ocurrido recientemente con los *lunes clásicos* del teatro Español. Influenciados por esa pícara idea de que los autores nuevos se habían dedicado á escoger para sus dramas asuntos inmorales, y decididos á buscar ambientes de moralidad, rogaron á la empresa los espectadores asiduos que se representasen comedias del teatro clásico; y ¡qué asombro el suyo cuando vieron desfilar por delante de ellos *Castigo sin venganza*, *La villana de Vallecas*, *Casa con dos puertas*, *La niña boba*, *El vergonzoso en Palacio!*; tantas y tantas comedias que, en punto á moralidad—en el sentido



que hoy tiene la palabra,—le daban quince y raya á *Las vengadoras*, de Eugenio Sellés.

Yo no sé lo que dirían cuando viesén á aquellas mujeres de Tirso, que las conocía muy bien porque las confesaba; aquellos amores incestuosos; aquellos adulterios dobles; aquellas liviandades regocijadas; aquellos hijos que se burlan de sus padres, y aquellos galanes que por todo entran y salen adelante con todo; no lo sé, pero presumo que el desengaño ha debido ser gordo para ellos. Les salió la criada respondona. Se cogieron los dedos entre la puerta.

No podía suceder otra cosa; los dramaturgos del siglo de oro, como todos los grandes artistas, como todos los que si no saben realzar el arte saben sentirlo, no han querido hacer del teatro un titirimundi ridículo y han ido á buscar sus asuntos en la realidad; han sacado sus hombres y sus mujeres de la Naturaleza, tal y como ellos son; se los han presentado al público palpitantes de vida, con la piel que los cubre, con los nervios

que los electrizan, con la sangre que los alimenta, con el cerebro que los anima, con sus pasiones, con sus impurezas, con sus virtudes, con sus vicios, y le han dicho: «Ahí los tienes; no son una mentira, no son un capricho de mi fantasía; son personajes de carne y hueso sobre los que yo he reflejado toda la luz de mi entendimiento para que puedas verlos mejor.»

Eso hicieron ellos; eso tratan de hacer hoy los nuevos autores. Podrá variar la forma, el procedimiento, que no en balde pasan los años y progresa el espíritu; pero el fondo... el fondo será el mismo, no puede ser otro: la Naturaleza por base, la verdad por guía, la inspiración por auxiliar y el arte por fin.

Respecto á lenguaje, no hablemos, porque fuera parte de las retorcidas y alambicamientos que constituían el estilo de la época, nadie ganó á hablar claro y desnudo á los autores del siglo xvii. ¿Cuál es, pues, el delito de los que hoy aspiran á llevar la verdad



al teatro? ¿Hacer, punto más ó menos, lo mismo que los otros? Aseguro que no lo sé.

La verdad tiene derecho á reinar en el teatro; debe volver á ocupar el sitio de donde la arrojaron en mal trance para nuestra gloriosísima historia literaria; debe volver como dueña absoluta, sin trabas que la sujeten ni cortapisas que la detengan.

En la realidad, en las palpitaciones de la existencia, en el choque de las pasiones humanas, debe, necesita, tiene que buscar el autor los asuntos para sus dramas, el modelo para los caracteres que trace, los incidentes para la acción que desarrolle; nada de falsedades, nada de mentiras, nada de concesiones cobardes. De vicios y virtudes, de claridades y de tinieblas, de purezas y de impurezas, de cobardías y de heroísmos está hecha la vida; éntre el autor por ella, escoja aquel asunto que más á fondo hiera su espíritu, aliméntelo con el calor de su inspiración y de su ingenio, haga brotar de su cerebro hombres y mujeres que haya visto

antes en la Naturaleza, hágales sentir como sienten los seres humanos, hágales hablar como hablan los hombres, sin retóricas inútiles, con verdad, con pasión; no con metáforas que salgan de la pluma, con frases que arranquen del alma; y esté seguro de que, haciendo eso, acaso no triunfe, porque el triunfo es difícil, pero habrá cumplido con su deber; podrá no llegar á ser un gran artista, pero será un artista honrado.

Y no se asuste el público tampoco por lo que han dado en llamar *asuntos crudos* y *frases crudas*; vale más horrorizarse del vicio presentado con lealtad, que entusiasmarse con el vicio disfrazado con hipocresía; aunque salgan las pasiones humanas todas á la superficie de la escena; aunque el choque de esas pasiones sea duro, violento, espantoso, brutal á veces, nada hay que temer; lo que horroriza no pervierte; aunque el lenguaje sea claro, dentro de los límites del decoro; aunque algunas frases tengan la rudeza de la verdad, no hay que asustarse; la verdad

es sana; es como el aire á campo abierto: azota, pero fortalece.

Por ella, por la santa verdad, lucha la juventud en todos los órdenes sociales; por ella combaten en la esfera del arte los que al nombre de artistas aspiran; porque vuelva al teatro, de donde la expulsaron cerebros enfermizos é imaginaciones timoratas, están dispuestos á pelear sin tregua los autores jóvenes, los que sólo en la Naturaleza encontraron la fuente inagotable, eterna, segura, donde nacieron obras capaces de resistir el peso del tiempo y los embates del olvido. En ella se inspirarán y triunfarán con ella.

Sólo apoyándose en la verdad pueden ser el arte grande y los hombres viriles.



## LO QUE SE DEJA.

En las calles, en los cafés, en los círculos, en todas partes, sólo habla la gente de una cosa: ¿Del acorazado norteamericano que ha surgido en la Habana? No: de la muerte de Gavira.

Algunos periódicos han publicado extraordinarios verdaderamente extraordinarios. Orlas de luto, poesías fúnebres, artículos necrológicos, ¡la mar!... Desde el *¡Cánovas ha muerto!*, no se ha manifestado el dolor popular á toda orquesta, hasta el *¡Gavira ha muerto!*... El tiro de Angiolillo y el de... quien sea, han penetrado igualmente la en-



es sana; es como el aire á campo abierto: azota, pero fortalece.

Por ella, por la santa verdad, lucha la juventud en todos los órdenes sociales; por ella combaten en la esfera del arte los que al nombre de artistas aspiran; porque vuelva al teatro, de donde la expulsaron cerebros enfermizos é imaginaciones timoratas, están dispuestos á pelear sin tregua los autores jóvenes, los que sólo en la Naturaleza encontraron la fuente inagotable, eterna, segura, donde nacieron obras capaces de resistir el peso del tiempo y los embates del olvido. En ella se inspirarán y triunfarán con ella.

Sólo apoyándose en la verdad pueden ser el arte grande y los hombres viriles.



## LO QUE SE DEJA.

En las calles, en los cafés, en los círculos, en todas partes, sólo habla la gente de una cosa: ¿Del acorazado norteamericano que ha surgido en la Habana? No: de la muerte de Gavira.

Algunos periódicos han publicado extraordinarios verdaderamente extraordinarios. Orlas de luto, poesías fúnebres, artículos necrológicos, ¡la mar!... Desde el *¡Cánovas ha muerto!*, no se ha manifestado el dolor popular á toda orquesta, hasta el *¡Gavira ha muerto!*... El tiro de Angiolillo y el de... quien sea, han penetrado igualmente la en-

traña pública... Todos comentan el último *suceso*, todos lo deploran... Nadie comentó la muerte del pobre sereno, asesinado por un borracho, cuando cumplía con su deber... El hecho se explica; matando á un sereno no se atentaba contra nada; matando á Gavira se ha atentado contra una institución nacional: la coleta.

Lejos de mí ánimo hacer un ademán despreciativo ante el cadáver de Gavira; un hombre muerto siempre es respetable. Deploro la muerte de Gavira como deploraría la de otro semejante cualquiera. Descanse en paz el infortunado torero... Hagan los periódicos extraordinarios; lamenten la desgracia, con lamentos hiperbólicos, la colectividad; señálese el día con piedra negra... y atengámonos todos á las consecuencias de la tauromanía patria...

Siempre ocurrió así. La coleta ha sido el único pelo que nadie se ha atrevido á tomar en España. Al entierro del *Espartero* fué más gente que al de Zorrilla... Méndez

Núñez agonizaba solo, y la multitud gemía ante la casa de un torero herido... Lacayos galoneados iban desde la plaza de Oriente á la calle donde padecía el diestro... Conducta lógica; cortesía de una institución con otra institución. El matador herido por divertir al público, inspiraba más interés que el héroe herido por defender la patria... ¡Qué vamos á hacerle!... Derivaciones romanas que no hemos podido echar del cuerpo... Eso está en la sangre...

Para mí fuera parte del sentimiento natural por el hombre que ha muerto, la nota triste del asunto no es el que se va, son los que quedan; esa madre que ha agonizado siete días junto á su hijo, esa pobre muchacha vestida de negro que lloraba á la puerta de la sala por el torero objeto de su amor... Esas dos figuras enlutadas; esa madre que, con la brutalidad sublime del cariño, se ha opuesto á que nadie más que ella tuviese derecho legal para llamar suyo al que se marchaba, y esa mujer que no ha pensado



en nada más que en llorar á su *hombre* son la nota dramática, lo verdaderamente sagrado, lo digno de compasión y de amargura... Seguro estoy de que el mismo Gavira no ha sentido morir por él, sino por ellas...

¡Morir!... ¡Qué más da!... Morir de un tiro ó de una pulmonía, ¿qué importa? Lo que se deja encima de la tierra cuando la tierra le cubre á uno, es lo que entristece la hora de la muerte, lo que nos hace revolvernos contra ella en la última y definitiva crispación de la carne.

Se ama la vida por lo que en la vida nos rodea; por los pedazos de vida ajena que se van adhiriendo á la nuestra durante el viaje... Fuera la vida aún peor de lo que es, y á ella nos agarraríamos desesperadamente antes de dejarla... Vivir bien ó vivir mal es lo de menos para sentir la muerte... ¡Si no fuese por lo que se deja!...

Recuerdo á este propósito algo que me contaron cierto día que visitaba yo el presidio de Valladolid.

En uno de los patios, sentado en el suelo y recostado indolentemente contra la pared había un presidiario viejo. Sesenta años tenía, y llevaba en la casa cuarenta.

Cuanto fuera del presidio dejó al entrar en él, no existía ya: ni madre, ni hermanos, ni amigos, ni novia... nada. Al lado allá de los muros no había mundo para él, porque no había afectos que le perteneciesen. Dentro del presidio estaba su patria, y dentro de él había educado unas palomas que atendían su voz, y se posaban sobre sus hombros, y le acariciaban con sus picos y le abanicaban con sus alas en las siestas calurosas del verano. Toda su familia eran aquellas aves... Y con ellas vivía el hombre tan á gusto.

Años y años pasó de esta suerte... Un día cumplió su condena; era libre.

Cuando le dieron la noticia manifestándole que tenía que dejar el presidio, se quedó atontado... ¿De alegría?... ¿De pena?... ¿Salir?... Y ¿dónde iba él?... ¿Quién le esperaba?... ¡Dejar su casa, su mundo, sus

palomas!... ¡Todo!... ¡Vaya, que no se iba!...  
¡Sería cosa de morirse!

Y no se fué... Al primer compañero que se le puso por delante le metió una cuarta de hierro en el brazo; y le sentenciaron y siguió en presidio.

Porque lo que el hombre decía:

— ¡Cómo dejo yo á mis palomas!...



## MÚSICA.

La sala del teatro Real ofrecía anoche un aspecto brillante.

*Lo mejor de Madrid* se había dado cita en la Opera; títulos, banqueros, propietarios, etc., etc. (Todos los periódicos de hoy.)

Un obrero que ganaba diez reales de jornal se ha caído de un andamio, destrozándose la cabeza contra las piedras de la calle; su familia, compuesta de la mujer y cuatro hijos pequeños, queda en la más espantosa miseria... (Cualquier periódico de cualquier día.)

Sí; era brillante el aspecto que ofrecía la sala. Función de todo brillo fué la de noche en el Real. Brillo de sedas lascivamente



palomas!... ¡Todo!... ¡Vaya, que no se iba!...  
¡Sería cosa de morirse!

Y no se fué... Al primer compañero que se le puso por delante le metió una cuarta de hierro en el brazo; y le sentenciaron y siguió en presidio.

Porque lo que el hombre decía:

— ¡Cómo dejo yo á mis palomas!...



## MÚSICA.

La sala del teatro Real ofrecía anoche un aspecto brillante.

*Lo mejor de Madrid* se había dado cita en la Opera; títulos, banqueros, propietarios, etc., etc... (Todos los periódicos de hoy.)

Un obrero que ganaba diez reales de jornal se ha caído de un andamio, destrozándose la cabeza contra las piedras de la calle; su familia, compuesta de la mujer y cuatro hijos pequeños, queda en la más espantosa miseria... (Cualquier periódico de cualquier día.)

Sí; era brillante el aspecto que ofrecía la sala. Función de todo brillo fué la de noche en el Real. Brillo de sedas lascivamente

repretadas sobre el cuerpo de las mujeres; brillo de joyas que relampagueaban junto á la carne de femeninos pechos, asomados á las barandillas del corpiño de encaje, como se asoman al balcón las mujeres de mal vivir, á medias, para que las vea el *señor* y no las multe el polizonte; brillo de aretes, de botonaduras, de sortijas, de cuantos adornos puede utilizar un individuo para convertirse en muestrario ambulante de su riqueza; brillo de buenas digestiones desbordándose por la piel de rostros satisfechos... brillo de fortunas, de nombres, de títulos, de emulaciones y rivalidades que peleaban entre sonrisas... Luz eléctrica, gente *sic*, atmósfera tibia, música wagneriana... Un hermoso espectáculo si no existiera más humanidad que la que se divertía anoche en la plaza de Oriente.

¡Ah! si no existiera otra, yo hubiese gozado mucho ayer; porque me gusta la música buena y me seducen las mujeres guapas!... Yo hubiera distraído mi tiempo, no precisa-

mente como casi todos aquellos señores y señoras, hablando siempre y sin atender á la música nunca, pero sí aprovechando los entreactos para darme un atracón de belleza hecha carne y los actos para darme otro atracón de belleza hecha notas; yo hubiera seguido paso á paso la fantástica leyenda del poeta alemán y al levantarme de la butaca, lleno aún de opio germano, hubiese transformado en Elsa por cinco ó seis minutos, á cualquier muchacha más ó menos rubia y hasta me hubiera sentido una miajita Lohengrin.

Pero, ¡ay! que sin querer, contra mi propio deseo, á pesar del egoísmo que me gritaba: «¡Goza, diviértete, ahora que tienes un rato libre!» se me iba el pensamiento y con el pensamiento el alma, lejos, muy lejos, arrastrado por un recuerdo terco que tiraba de mi cerebro y se destacaba en él con claridad perfecta, más perfecta que nunca, como si lo abrillantasen aquellas luces blancas que abrillantaban pendientes y sortijas, fisono-



mías alegres y bustos lujuriosos... el recuerdo de un pobre albañil, de un obrero, que se partió la cabeza contra el empedrado, hace unos días y el recuerdo de su mujer, de una pobre mujer del pueblo que rodeada de tres chiquillos ponía entre los labios de otro, recién nacido, un pecho flaco que asomando por entre una camisa rota inspiraba tanto respeto y tanta piedad como inspiraban deseo y lascivia los que en el Real asomaban por entre los corpiños de encaje... Este recuerdo hería mi cráneo, como una garra y con voz que de oirse hubiera conmovido al público, más que la de Elsa desamparada, me gritaba: «Oye: A unos les sobra todo, á otros les falta todo.» ¡Qué contraste! ¡Eh!...

¡Qué horrible contraste!... ¡Qué siniestro me resultó, cuando escapé de dentro de mí, el hermoso espectáculo que ofrecía anoche la sala del teatro Real!

¡Un obrero muerto!... ¡Una familia sin amparo... y una multitud de poderosos ha-

ciendo pujilatos de vanidad, ostentación de lujo; alardes de fortuna y omnipotencia... ¿Qué es esto?... ¿Qué representa esto?... ¡Qué sé yo!... ¿Pero no dice esto nada?... ¿No reclama esto nada?... ¿No hay en esto algo—no sé cómo llamarlo—algo que pide como los personajes de *Lohengrin* un juicio de Dios?...

No; no lo hay; sin duda que no lo hay. Esas miserias de abajo no pueden ser cosa mayor, esta desigualdad que parece irritante debe ser justa, porque allí, en el Real, á mi lado, en las butacas, en los palcos, estaban cuantos, pueden y deben preocuparse de ello, cuantos se preocuparían de ello si lo merecieran: ministros, diputados, personajes de alta jerarquía, constructores de leyes; y no se preocupan ni en la ópera, ni el Parlamento, ni el Ministerio, ni desde el sitio que les cupo en suerte. Cuando no lo hacen es porque les parece muy bien que siga todo como hasta aquí... Cuando les parece bien, tendrán razón y los que piensen de otro

modo serán tontos... ¡Como que van á equivocarse!... ¡No faltaba más! ¿Que se ha reventado un albañil? Hay muchos en el mundo. ¿Qué una familia se muere de hambre?... ¡Paciencia! Así es la vida... Al que le haya tocado en lote lo malo que se aguante!... ¡También soy majadero yo; acordarme de un albañil en una función del Real!

¡Qué demonio, oigamos *Lohengrin!*... exclamé—luego de hacerme estas reflexiones.

Y quería oirlo... Y nada, la pícara idea dándome martillazos en los sesos... El albañil muerto amalgamándose, por no sé qué rara amalgama cerebral, con la figura de *Lohengrin*; la mujer viuda, la del pecho exhausto y enflaquecido metiéndose dentro de la *Elsa* para pedir, como ella, justicia... la obsesión, porque era obsesión, haciéndose mayor cada vez... transformando la sala, el país, la hora, el espectáculo, haciéndome víctima de una pesadilla y presentándome delante de los ojos el Bazar de la Caridad de París lleno de gente, de gente rica, titulada,

ilustre... una fiesta brillante... muy brillante... cada vez más brillante... hasta que se transformaba en incendio... incendio casual, humorada trágica del destino que se entretenía en achicharrar á los poderosos. ¿Por qué?... ¡Vaya usted á preguntarle al destino por qué hace lo que hace!...

Él lo sabrá.

Un día le toca al albañil que se cae del andamio.

Otro á los ricos que se divierten.

Así es la vida.







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
66000 MONTERREY, MEXICO

## LA VIDA MISERABLE...

Siempre *vistió* mucho renegar de la vida y ponerle motes insultantes. Casi todas las religiones nos pintan el mundo como lugar siniestro y la mundanal existencia como viaje transitorio, como paréntesis de amargura que es fuerza soportar, si quieren gozarse bienes eternos; los poetas románticos vomitan contra las *miserias humanas* estrofas que parecen náuseas, cólicos rimados, producidos por indigestiones de la *realidad impura*; noveladores y dramaturgos de la misma calaña dislocan, con instinto de volatineros, la naturaleza del hombre; desarticulan pasiones,

sentimientos, caracteres, esperanzas y desengaños, con la sana intención, según ellos, de levantar el espíritu sobre las pequeñeces y mezquindades de la verdad, y distraerlo y engrandecerlo con mentiras sublimes y exageraciones regeneradoras...

Así lo dicen, así lo creerán sin duda. La vida es una exposición permanente de crímenes, de infamias, de horrores. Y no es lo malo que digan esto; no es lo peor que de tal manera nos pinten la vida; lo peor es que no añaden: «Estudiémosla, disequémosla, para mejorarla y engrandecerla»; sino que exclaman: «Apartémonos de ella; renegüemos de ella. Abominarla, bueno; ¿estudiarla?... ¿Para qué? No es susceptible de mejora. Contemplémosla con asco, y confiemos en que la suerte nos permitirá dejarla pronto.»

Tales ideas dominaban como señores absolutos cuando yo era muchacho. Declaro que los domingos, luego de ir con mi madre á la iglesia, de oír al cura de mi lugar un

sermón, donde la existencia se presentaba á mis ojos como los cuartos de una res en el matadero, chorreando sangre, después de hojear algún libro lleno de lamentaciones desengañadas, de historias horribles, de anhelos de muerte, de *anathemas* psicológicos, me ponía de muy mal humor. No eran bastante á disiparlo la sabrosa comida que humeaba en la mesa (vahaba se dice; pero yo no lo digo porque me suena mal y me sabe á cursi), ni la presencia de mis padres, ni el recuerdo de que el cura, renegador de la existencia en los sermones, procuraba conservarla con el mayor disfrute posible, no ayunando para ganar el cielo, sino engullendo apetitosos manjares, servidos por un ama más apetitosa que los manjares; no orando para que Dios se la quitase pronto (la existencia), sino yendo á caza para que sus músculos se fortalecieran y su sangre se tonificase. Tampoco servían de lenitivo á mi tristeza los apuntes biográficos de aquellos aburridos literatos, los cuales apuntes más re-



trataban hombres sensuales y materialistas que seres espirituales y místicos. No; el sermón del cura, las páginas del libro, se agarraban á mi cerebro como una garra dolorosa; experimentaba angustia de vivir y me entraban deseos de tirarme al pozo de cabeza. Preciso era que saliese á la calle, que viese al sol nublar mi cuerpo, á la primavera meterme por los sentidos su respiración fecundadora, y á una vecina mía mirarme por entre los hierros de la reja con sus ojos negros y hambrientos de cariño, para que mi naturaleza despertara lanzando una carcajada de triunfo.

Así pensaba yo, influído por las majaderías de la época, de aquella época en que todas mis primas se hartaban de vinagre para estar pálidas y cultivaban el amor platónico, puro, intangible, libre de carnalidades asquerosas; lo cual no les impedía casarse en cuanto el novio pasaba por el aro y tener hijos á montones.

Afortunadamente, cuando yo vine á la *vida pública*—que dirán dentro de poco los

*encasillados* á sus electores—se operaba un cambio favorable en la materia: las ideas marchaban por otro camino; la literatura había tomado hierro para fortalecer su sangre; no se entregaba á delirios enfermizos y á desfallecimientos anémicos; entraba en la realidad, como entra el operador en la herida, con bravura, con esperanza, á buscar entre la podredumbre los elementos de salud; no con el pulso tembloroso, con la mano firme; no volviendo la vista con repugnancia cobarde, clavándola en la llaga con obstinación salvadora. Las muchachas no tomaban vinagre, bebían vino; no cultivaban el platonismo para entrar luego en las impurezas matrimoniales; tenían novio para casarse con él, si podían, y cuando apretaban su mano no era para cambiar efluvios espirituales, sino para transmitirse ese fluido nervioso que es la telegrafía del amor... Hasta el cura de mi pueblo, que ya no era el de antes, cultivaba menos que su antecesor la nota negra.



«La vida, se dijo entonces, es mala, es cruel, está llena de amarguras y decepciones; pero en ella existen elementos de redención, causas de alegría, de bienestar y de progreso; afrontemos la vida, entremos en ella, no retrocedamos ante sus dolores, no la consideremos lugar de expiación, purgatorio anticipado para ascender á mejores mundos, sino materia sublime que debemos engrandecer en beneficio de las humanidades futuras; combatamos para hacerla más buena y vivamos lo más posible, porque luchar mucho, y por consiguiente vivir mucho, es nuestra obligación.

»No pasemos nuestra existencia renegando de ella, aguardando el momento de abandonarla como se aguarda la felicidad, y permaneciendo, mientras llega ese instante, inactivos, petrificados, mirándonos á la punta de la nariz con estupidez beatífica de fakires contemplativos; escarbemos la vida, registremosla, escudriñemosla sin hacer caso de tropezones, de desgarraduras y abismos, y

cuando llegue la hora de morir, muramos tranquilos, porque algo habremos hecho en favor de los que nos sucedan.»

Tal fué la noción de la vida que tuvieron los jóvenes de mi tiempo; tal la que aún se conserva, si bien la amenaza una invasión mística que reniega de la lucha y llama al dolor castigo en vez de llamarlo necesidad.

Esta invasión, que viene de Francia, de ese pueblo que, dando pruebas de una cultura sudanesca, silba á Zola y se revuelve contra los judíos, ni más ni menos que los bárbaros cristianizados de la Edad Media, empieza á tomar carta de naturaleza en España; y á los frailes que pululan por todas partes pregonando las excelencias del quietismo monástico, invitando al odio á la vida y edificando diez conventos en cada distrito, siguen los místicos en literatura... Nada; que volvemos al tiempo de mis primas: al vinagre, á la anemia en la sangre y en los cerebros.

Sería cosa de aterrarse por semejante re-



troceso, á no tener la seguridad de que durará poco, porque es contra naturaleza, y la Naturaleza se ríe de los sistemas que contra ella van.

¡Ah, la vida por sí misma tiene más fuerza que cuantos á hacérsela odiosa se consagran! ¿Truenan contra ella?... ¡Bah!... Ella posee la última carta en el juego y gana siempre.

A este propósito se me ocurre un cuento que me refirió mi madre cuando yo era niño:

Vivían juntos en un pueblecillo de Aragón una vieja, muy vieja, muy achacosa, inservible, vamos, y un hijo suyo, cura y joven.

Siempre andaba la vieja renegando de *esta pícara vida*, de *esta miserable vida*, que sólo dolores produce.

—¡Ah, Dios mío!—gritaba.—Quítame pronto la vida para que goce de los deleites celestiales; venga pronto la muerte para que venga la bienaventuranza. Y, sobre todo,

Señor, ¡si algún día mandas á esta casa la muerte, mándamela á mí! ¡Que no sufra yo el inmenso dolor de sobrevivir al hijo de mi alma, á este varón justo que á tu santo servicio consagra su entendimiento y su voluntad!...

Ni un solo día dejaba de hacer este ruego.

Cierta noche sintióse turbada en medio de su sueño por un rumor siniestro, como de huesos que se entrechocan. Abrió los ojos y vió delante de ellos á la muerte con todo su aparejo de sudario, guadaña y demás prendas de guardarropía.

La muerte extendía sus manos hacia ella.

—¡No! ¡No!... ¡A mí, no!—gritó la vieja con espanto.—¡A mí, no!

Y extendiendo su brazo descarnado á la alcoba inmediata, exclamó con voz donde palpitaba la esperanza:

—¡A mí, no! ¡Déjame!... ¡Ahí está el cura!... ¡Anda con él!...





## MUERTOS Y VIVOS.

Si las manifestaciones artísticas son en los pueblos, y lo son, claros síntomas de vitalidad, fuerza es convenir (fuera parte de otras pruebas indiscutibles), en que lord Salisbury y su consorte Chamberlain han *metido la pata* declarando á España nación moribunda.

Esos dos compinches que hacen política de cuervos, y como tales ventean la agonía de las naciones para caer sobre ellas y llevarse en el pico un girón de carne ensangrentada, han venteado mal por lo que á nosotros se refiere. Los repugnantes banquetea-



dores de patrias fenecidas, se han vuelto estúpidos; perdieron la vista y el olfato. Vieron á lo lejos, en la llanura, un cuerpo que se enderezaba para ponerse en pie, y lo tomaron por un moribundo que se sostenía trabajosamente antes de caer del todo. Han confundido el desperezo con el desplome, el bostezo con el estertor, la contracción de unos músculos poderosos que se aperciben al combate con las crispaciones de una carne rendida que se entrega á la muerte. ¡Infelices animalitos!

Infelices, sí. Un buitre que devora su presa da asco; un buitre que se equivoca da lástima. El ave de rapiña, con el pico lleno de sangre, el plumaje erizado y las garras hundidas en el cadáver insepulto, produce náuseas, pero inspira terror; se impone con la soberanía brutal del éxito; un ave de rapiña que anuncia un festín y al acercarse á la mesa ve que la vianda no está en sazón, un ave de rapiña que tiene que retirarse con el pico cerrado y las garras limpias de piltra-

fas, produce risa. Que fracase el león, bueno; que fracase la hiena, no. El héroe puede confundir la victoria con la derrota; el enterrador no debe confundir un cementerio con una fortaleza. Hay clases. Salisbury y Chamberlain son dos enterradores fracasados...

España está dando á los dos Panchampas del merodeo internacional un mentís solemne. Ellos decretan con discursos la agonía de España y España deroga los decretos con actos. «España agoniza», gritan esos hombres que han esperado el agotamiento de Gladstone, el político del corazón, para proclamar la política del estómago. «España ha perdido el valor», y los españoles contestan «¡mentís!», muriendo como héroes en Cavite. «España carece de fuerza», insisten ellos, y España responde «¡mentís!», arrojando á cañonazo limpio de Cárdenas, de la Habana, de Cienfuegos, de Santiago de Cuba, de Puerto-Rico, á los bloqueadores (*passez moi le mot*) yankis; «España carece de táctica guerrera», insisten los com-



padres hambrientos, y Cervera les replica «¡mentís!», poniendo en solfa á las escuadras norte-americanas. «¡Ah!, sollozan ellos (porque hay insistencias de buitre que parecen sollozos de mendigo), tales alardes son las últimas palpitaciones de existencia; pero detrás de esas palpitaciones no hay nada, porque la juventud española, la que ha de sostener la tierra española con su inspiración, con su inteligencia y con su energía, factores definitivos en la vida de los pueblos modernos, no existe, es una juventud infecunda que muere de anemia.»

Y á este último alegato, contesta la juventud española: «¡Mentís también!», porque tengo energía y por eso mando hombres á morir por España; ¡mentís!, porque tengo inteligencia y porque la tengo confío; ¡mentís!, porque tengo inspiración y la envuelvo en cuadros y en mármoles, para convertirla en dinero que ayude á la patria, en realidades que tranquilicen al presente y en promesas que dilaten el porvenir.»

Esto se me ocurría ayer visitando la Exposición del Círculo de Bellas Artes; esa Exposición, que no es una Exposición, es una protesta más contra la Junta de curanderos ingleses que se empeñan en extendernos la partida de defunción; una protesta en la que, junto á Sorolla, á Ruíz Guerrero, á Pidal, á Simonet, á Muñoz Lucena, á... todos los pintores que proclaman la vida con pedazos de vida aposentados en trozos de lienzo, surge Benlliure, haciendo un clarín de vida inmortal con la sepultura de un artista. Con el monumento á Gayarre.

Declaro que en esa Exposición *pro patria* he sentido la sacudida más honda que en toda mi existencia de artista sentí. He dicho de artista y he dicho mal. De artista, sí; pero también de patriota. Porque si para el artista la Exposición es un ¡excelsior! para el patriota es un *Resurrexit*.

*Resurrexit* en el que Benlliure hace oficios de Angel llevando á Gayarre camino de la gloria, no de la gloria cristiana precisamen-



te, de la gloria que ha resumido dos religiones, el helenismo con su Parnaso y el catolicismo con su cielo, para dar una cifra: La inmortalidad.

Descripto se halla el monumento de Benlliure (digo de Gayarre), por lo que á su forma respecta; yo no sé explicar cómo el alma del monumento se ha metido en la mía. Un pedazo de piedra y de bronce se describe; un pedazo de alma metida á pico en el mármol y en el bronce, se siente. Eso me pasa á mí; no he visto, he sentido la obra de Benlliure.

Describan otros aquel poema que empieza en la imagen de bronce desplomada, para seguir por el sarcófago de piedra, donde un ejército de niños, no canta, llora líricamente las obras de Gayarre, y detenerse un momento junto á dos figuras que levantan de la tierra el ataúd del gran artista y lo empujan con sus brazos para subirle al salón de recepciones del Genio; describan la otra figura que se inclina sobre la tapa del ataúd

con la mano en la oreja, como diciendo: «No es cosa de perder una nota, por si á éste se le ocurre cantar en el camino.» Describanlo otros; yo sólo sé una cosa: Hace mucho tiempo que leo en letras de imprenta con los ojos; Benlliure me ha hecho leer con el corazón en letras de mármol...

Y... ¿Pero á qué, á qué seguir?... Es muy fácil ser Salisbury y Chamberlain, con 458 buques de guerra; es muy difícil ser Benlliure con un cacho de mármol y un pedazo de bronce.

Aún hay clases... Salisbury y Chamberlain son dos *vivos* que quieren desbalijar á un muerto presunto. Benlliure es un hombre que hace de un muerto un vivo inmortal.

Y basta para Crónica.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LA CUESTIÓN SOCIAL.

---

No es una aspiración, no es un deseo, no es una esperanza, no es una súplica; es un clamor que llega á todas partes, que se entra por todos los oídos, que llama á todas las conciencias honradas y golpea en todos los cerebros pensadores. Es un alarido formidable que viene de abajo con vibraciones de angustia, de desesperación, de ira, de sorpresa y de cólera; que infunde piedad y causa espanto: piedad, porque lo arranca el dolor; espanto, porque lo provoca la injusticia. Es la inmensa protesta de una humanidad pisoteada por otra humanidad; son los mi-



serables, los explotados, los hambrientos, los sin ventura, que gritan encarándose con los potentados, con los explotadores, con los hartos, con los felices: «¿Hasta cuándo va á durar esto? Basta de martirio. No podemos, no queremos sufrirlo más.»

En esta exclamación, donde se unen el ¡ay! inconsciente arrancado por la tortura y la voluntad firme de rebelarse contra el verdugo, está el problema gigantesco que cierra con una interrogación amenazadora el siglo XIX.

Junto á ese problema son los otros que hoy se discuten pequeños, insignificantes; apenas si se ven, apenas si merecen más que un encogimiento de hombros. Él los absorbe, los anula; dice: «Aquí estoy», y la sociedad se vuelve hacia él; cuando suplica, porque compadece; cuando amenaza, porque aterra.

Los mismos que gustosamente ahogarían ese alarido formidable que viene de abajo con una mordaza de sangre, disfrazan su

odio haciendo un gesto bondadoso y hasta aparentan escucharlo. Saben que no lo podrían extinguir. A un hombre que protesta se le obliga á callar; basta una mano que apriete firme su garganta para conseguirlo; á un hombre que amenaza se le suprime; una bala de plomo ó una argolla de hierro son suficientes á lograrlo. Pero á una humanidad escarnecida que solloza, á una humanidad indignada que ruje, ni se la puede emudecer, ni se la puede asesinar: hay que oirla.

Hay que pararse ante ella; hay que recoger con respeto el grito que viene de abajo. Porque esa interrogación y ese ¿Hasta cuándo? arrancan de todas partes á la vez: del terruño tostado por el sol y endurecido por la escarcha, junto á cuyos surcos el labriego asalariado se transforma en bestia para que fructifique y produzca y prospere una tierra que no le pertenece, que no le ha pertenecido jamás; del mar, entre cuyas olas pelea siempre y casi siempre halla sepulcro el pes-



cador de brazo que abona por contribuciones de lancha y redes las dos terceras partes de la pesca por sus músculos apresada; de la fábrica, donde se estruja la fuerza del obrero; del taller, donde se regatea el sudor de los operarios; de la mina, donde se entierra vivos á los seres humanos sin concederles el reposo que acompaña á la tumba; de los lugares donde la avaricia se nutre con urgencias de la pobreza; de la vivienda humilde en que un hombre inteligente entrega pedazos de su cerebro á cambio de pedazos de pan; del tugurio canallesco á la puerta del cual vende la mujer su carne para llenar su estómago; de los grandes centros productores donde se estafa su infancia al niño, su juventud al mozo, su descanso al viejo y su hermosura á la hembra. En todos estos sitios se dibuja esa dolorosa interrogación, de todos ellos sale ese ¿Hasta cuándo? que empieza en un sollozo y acaba en una crispación de puños.

«¡No; no queremos padecer más!—gritan

millones de voces desgarradas por el sufrimiento.—No es posible esta desigualdad infame. Para nosotros el trabajo, la miseria, las privaciones, el abandono, la ignorancia; el desamparo por cuna, la explotación por ley de la vida y el hospital por antesala de la muerte; para vosotros la holganza, la riqueza, las satisfacciones, los cuidados, la instrucción, la ventura; buena cuna para nacer, buena cama para morir y el trabajo de los demás para regalar vuestra vida. ¿Creéis que esto debe seguir? ¿Creéis que podemos sufrirlo más tiempo? No, no podemos; tales martirios son superiores á la resistencia del hombre, tamañas desigualdades constituyen un atentado salvaje contra la justicia natural.

Y como el sufrimiento y la justicia acaban por imponerse, el primero porque es dolor y conquista el alma, la segunda porque es razón y conquista el juicio, la sublime apelación de los oprimidos ha llegado á ser la médula de todas las manifestaciones



intelectuales en el mundo moderno. El filósofo la razona y discute, el economista la toma como factor principalísimo de sus sistemas, el político la lleva á sus discursos, el poeta á sus fantasías, el dramaturgo á sus creaciones, el pintor á sus cuadros, el novelador á sus argumentos. El trágico problema se ha enseñoreado de las inteligencias, las ha hecho suyas. Pero eso no basta; hace falta más: la aspiración necesita convertirse en hecho.

Lo necesita, lo exige; nadie se atreve á negarlo ya. Hasta los que por el trabajo y la tortura ajena viven á gusto, comprenden que es preciso resolver alguna cosa, parar el golpe.

De ahí que todos busquen soluciones á la cuestión social. De ahí que el Papa en sus Encíclicas exclame, dirigiéndose á los ricos: «Tened caridad», y á los pobres: «Tened paciencia»; de ahí que reyes y príncipes se llamen amigos, protectores del pueblo, y digan encarándose con él: «Cuenta con nos-

otros; haremos lo posible para remediar tus desgracias»; de ahí que los Gobiernos europeos, los Gobiernos monárquicos hablen de reformas que no se realizan, y promulguen leyes vergonzantes que nada resuelven; de ahí que los opresores ofrezcan á los oprimidos compensaciones graciosas que provocarían la risa si no provocasen la indignación. Ninguno entre ellos niega que deben ser atendidas las exigencias de los desheredados; pero ninguno las atiende con eficacia.

—¡Caridad!—exclama el Pontífice; ¡como si la caridad remediase el daño!—¡Paciencia!—añade; ¡como si la paciencia fuera una fórmula de redención!—Os compadecemos y os socorreremos—dicen reyes y príncipes; ¡como si el derecho pudiera vivir de lástima y la justicia de limosna!—Ahí tenéis unas cuantas leyes—gritan los gobernantes europeos;—leyes que os reverencian en el preámbulo y os burlan en el articulado; tomádmelas—y se quedan tan satisfechos; ¡como si con comedias gubernamentales se pudieran



solucionar tragedias humanas!—Calma; no os irritéis—murmuran los explotadores;—seguid trabajando; nosotros tenemos buen corazón y acudiremos á vuestras necesidades.—Eso dicen y en eso esperan; ¡como si la razón pudiera contentarse con mercedes arrancadas al miedo!

No es eso. Los que sufren, los que padecen, los que todo lo dan y nada reciben en cambio, no imploran caridades, no solicitan limosnas, no toleran engaños, no quieren promesas. El derecho no se arrodilla.

Y los desheredados tienen derecho á la instrucción, al descanso, al placer; á la tierra que labran, al mar que surcan, á la fábrica donde dejan su sangre, al taller que riegan con su sudor, á la vida que ganan con su trabajo y á la felicidad que con su trabajo proporcionan á otros; tienen derecho á ser reconocidos como iguales por los demás hombres, á compartir con ellos los beneficios, á que compartan con ellos la faena. Y este derecho ha de ser traducido en leyes,

en fórmulas concretas, en conclusiones precisas, en viviente y segura realidad.

Y ¿quién puede ofrecer á los desheredados garantía para el desarrollo é implantación de estas soluciones? No será el Pontífice, porque la religión vive de los poderosos de la tierra y tiene que contemporizar con ellos; no serán los príncipes y los reyes, porque representan el privilegio y reinan apoyándose en el privilegio, enemigo irreconciliable de las soluciones sociales; no serán los Gobiernos monárquicos, mantenidos con el apoyo del capital y con la aquiescencia de las clases conservadoras; no serán los explotadores quienes ofrezcan buena garantía á los explotados.

Para que las soluciones sociales se desarrollen y se implanten, hacen falta moldes nuevos, instituciones nuevas, formas de gobierno amplias, progresivas, profundamente democráticas.

Por lo que á España toca, la monarquía constitucional es incapaz de afrontar el pro-



blema; una monarquía que tiene por brazos el clericalismo y el militarismo y por sostén el oro de los grandes acaparadores, no puede hacer nada en beneficio de la cuestión social. Los Gobiernos de la monarquía tampoco harán nada en este sentido; no podrían hacerlo aunque quisieran; están atados de pies y manos á ciertos capítulos del presupuesto y á ciertas exigencias del medio ambiente que los imposibilitan en absoluto para todo cuanto con el porvenir de las clases desheredadas se relaciona.

Otros han de ser los moldes gubernamentales donde encaje la solución del problema social, y á ellos habrá que acudir por todos los medios, porque el problema social se presenta cada vez más amenazador y más temible; porque en el grito de la humanidad pisoteada hay ya más cólera que dolor; porque urge el remedio; porque si no se aplica puede llegar un momento siniestro, un avatar de la desgracia, un embite monstruoso que todo lo arrolle; porque el si-

glo XIX debe cerrar sus puertas en paz, y si el problema social no se resuelve es de temer que no logre cerrarlas de ningún modo, porque las haya arrancado de sus goznes un torrente de sangre.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

La Exposición.....	7
Las cuevas del Drach.....	17
El primer chispazo.....	33
El problema en pie.....	39
Cuerpo á cuerpo.....	49
Los jóvenes.....	57
Aniversario negro.....	67
Delorme.....	73
La guerra.....	81
Explotación de niños.....	89
Otra camisa.....	97
S. M. el Hambre.....	105
La corona de Zorrilla.....	111
Campoamor.....	131
Dramas modernos.....	139
La verdad en el teatro.....	147
Lo que se deja.....	159
Música.....	165
¡La vida miserable!.....	173
Muertos y vivos.....	183
La cuestión social.....	191



